

La aprendiz del Señor de la Niebla

Ivan Vionnet



Capítulo 1

La Torre en la Bruma

Humedecida por la niebla, la hierba que crecía cerca de los peñascos, cubría sus pies por completo. Veinte metros más abajo, la marea arremetía furiosa contra los desfiladeros.

Su maestro se lo había advertido. Aquel lugar era peligroso. Un paso en falso, y quedaría a merced de las olas que azotaban incansablemente a las rocas de la isla. Pero esa era precisamente la razón por la que estaba allí.

Cansada del sonido de su propia voz, el rugido del viento y las olas, era su único consuelo frente al abrumador silencio isleño. Su maestro rara vez le dirigía la palabra, y le gruñía cada vez que intentaba iniciar una conversación.

-La magia es el arte de escuchar a los elementos y aprovechar su poder. - dijo una vez- Si quieres dominar este arte, calla y escucha atentamente.- Luego dejó caer una escoba en sus manos, y no volvió a dirigible la palabra en dos meses.

Cada día después de aquello, ella terminaba con sus tareas y se dirigía allí, frente a los riscos, desde donde pasaba horas intentando adivinar el horizonte en la niebla. Cuando se aburría, daba vueltas alrededor de la isla, canturreando canciones inventadas y conversando consigo misma, o jugaba a hacer rebotar guijarros contra los muros de la torre.

“La Torre de los Susurros” aparentemente cincelada de un único bloque de granito oscuro, se erguía inmaculadamente negra en el exacto centro de la isla. Era lo suficientemente alta para que de vez en cuando algunas nubes cubrierán su punta, y lo suficientemente oscura para ubicarla aun en medio de la más espesa de las brumas.

Esta torre era la única construcción de la isla. De hecho, era lo único que había allí aparte de la hierba y los peñascos. A veces ella se tumbaba boca arriba sobre el pasto, a imaginar que la torre caía sobre el mar formando un puente hacia su hogar, pero más tarde se levantaba, y se preguntaba si era la torre lo suficientemente larga para llegar a la otra orilla, o si la niebla que veía todos los días sobre el horizonte no era en realidad una pared gris, hecha para retenerla.

Es que allí la niebla era la norma y todos los días despejados de un año

podían contarse con los dedos de una mano.

Tanto así, que había tenido que aprender a prevenirse del atardecer a partir de notar cuando era que el cielo gris se teñía levemente de dorado. A sabiendas de que, una vez pasado el ocaso ya no podría ver más allá de la punta de su nariz, la muchacha se apresuraba en regresar a la torre cuando tomaba el cielo ese color, algo parecido al te con leche.

La enorme puerta doble de bronce permanecía cerrada casi todo el año, y a ella sola le era imposible abrirla. Por suerte la trampilla que daba a la bodega, era mucho menos aparatosa, lo que le permitía entrar y salir de la torre por sí misma. Lamentablemente, este descubrimiento lo había tenido que hacer sin la alluda de nadie, ya pasados un mes y medio de encierro desde de su llegada.

La bodega era un pequeño espacio del subsuelo de la Torre donde apenas se podía caminar erguido. Estaba atiborrada de cajas, barriles, vasijas y frascos, que guardaban dentro de sí los únicos alimentos disponibles en la isla.

Cada año, durante las primeras tres lunas de primavera, las aguas del sudeste de la isla descubrían una pequeña caverna cerca de la costa. Dentro, nacían unas escaleras de piedra que comunicaban la caverna con la sección más alta de los peñascos. Estas escaleras constituían el único acceso a la isla, amenos claro, que uno se jugara el pellejo trepando los desfiladeros.

Durante este tiempo, los habitantes de Cedole, un pueblo de pescadores en la vecindad de la isla, tenían la costumbre visitar la torre. Los miembros del concejo de ancianos solían viajar a la isla en tres barcas, llevando consigo ofrendas de alimentos y piedras semi-preciosas. A cambio, ellos esperaban que el amo de La Torre de los Susurros, un hechicero a quien llamaban reverencialmente "El Señor de la Niebla", desde su gran poder y sabiduría, garantizara la prosperidad del pueblo y de sus gentes.

Medio año atrás, la joven Myra, sufrió de una severa y enigmática enfermedad, para la que nadie en Cedole conocía cura.

Agotados todos sus recursos y viendo a su amada hija al borde de la muerte, un humilde pescador rogó a los ancianos que llevaran a su pequeña con ellos durante su peregrinación anual a la torre, esperando que el Señor de la Niebla, pudiera salvarla. De todo aquello, Myra solo recordaba la voz de su padre y el llanto de su madre, que la despedían en un largo abrazo antes de recostarla sobre una barca.

Su cuerpo ardía a la vez que temblaba de frío y le costaba respirar. Y en algún momento, mientras que la barca se mecía en las calmas aguas del

oceanos nocturnos, ella perdió el conocimiento.

Pasó su mano por una de las polvorientas cajas de la bodega. Era la misma que había visto en la barca justo antes de perder el conocimiento. Contempló por un momento su mano, sucia por el polvo.

-Medio año...

Cerró su puño contra el pecho, suspiró, y subió las escaleras.

Capítulo 2

Maestro

El zumbido del viento, y el lejano graznido de las gaviotas la despertaron de su sueño. Myra abrió los ojos pensando que se hacía tarde para ayudar a su madre con los quehaceres domésticos, pero ni bien re-descubrió el techo de la torre, su apuro desapareció.

La Torre de los Susurros era un lugar frío, independientemente de la estación. Pese a que sus aposentos contaban con una chimenea, echaban la leña en falta, por lo que ni bien caía el sol, Myra tenía que correr a su cama a acurrucarse bajo varias capas de pieles y fradadas, para no desperdiciar una gota del valioso calor de su cuerpo.

Su habitación se encontraba en el tercer piso. Todo el mobiliario constaba de un pupitre de madera gastada, una cama de heno, un taburete, y una canasta con un pedernal y unas pocas velas de junco que había descubierto en la bodega.

La muchacha junto sus brazos y los estiro sobre su cabeza. Suspiro con alivio al sentir tronar sus huesos, y luego soltó un largo bostezo. Abrió el postigo de madera de su única ventana, y asomo el torso al vacío . La frescura de la bruma y el olor del mar terminaron de despejarla.

Sus ropas se encontraban dobladas sobre el pupitre. Ella sostuvo entre sus manos el modesto vestido amarronado que tantas veces había rogado a sus padres cambiar por uno nuevo. Hundió su rostro en la tela, e inhalo profundamente. Apenas quedaba rastro de la esencia de su hogar, pero eso le bastaba.

Volvió a doblar prolijamente el vestido y se vistió con la túnica gris que había debajo.

La mayoría de los pisos de la torre estaban ocupados por extensas bibliotecas o excéntricas colecciones de artefactos, cuyo único fin parecía ser acumular polvo. Las únicas excepciones eran la base de la torre, el tercer piso y el ultimo piso, donde estaba el estudio privado del hechicero.

El tercer piso contaba con otras cuatro habitaciones aparte del cuarto de Myra, todas de aspecto similar. Estas, a su vez, estaban divididas por un corto pasillo de piedra que daba a las escaleras de caracol. Escaleras que

comunicaban entre si todos los pisos de la torre.

Subir y bajar aquellas gradas todos los días no era tarea fácil. A menudo Myra tomaba un descanso en el segundo piso antes de subir al tercero. Pero nada de esto parecía incomodar a su maestro, quien nunca salía de su estudio.

La base de la torre tenía un aspecto solemne, similar al de una capilla. Un enorme vitral, que retrataba a un halcón peregrino sobrevolando la torre, se oponía directamente a la puerta principal y bañaba al espacio con una luz cálida. Debajo de él, la cabeza de un león tallada en la piedra, colmaba una elaborada fuente de mármol negro con el agua que brotaba de sus fauces. A la izquierda de la fuente, hundida unos metros en la pared junto a la puerta principal, nacía la escalera de caracol.

Myra hizo un cuenco con sus manos y tomó un sorbo de la fuente. Al agacharse se vio reflejada sobre la superficie del estanque. Su cabello rubio, que otrora había cepillado diligentemente con la esperanza de que algún día fuera menos parecido a la paja de una escoba, ahora estaba tan corto que ni para cepillo de dientes servía. Por otra parte, su cara redonda, sus pecas y ojos grises, que no habían cambiado nada, le daban la complexión de un saludable muchacho.

Furibunda, apartó la mirada de su reflejo... pero enseguida cambió su ira un suspiro de resignación. Tomó la cubeta que siempre dejaba al lado de la fuente, la llenó con agua y bajó con ella a la bodega.

Su desayuno consistió una vez más de pan duro y carne seca. En cuanto terminó, salió de la torre por la trampilla y se aseó con el agua del cubilete. Estaba metiendo su mano con un paño húmedo debajo de su axila, cuando la voz de su maestro retumbó desde lo más alto de la torre, espantando a las gaviotas que anidaban en la isla.

-¡APRENDIZ!

Fue un milagrosamente que la pobre muchacha conservara el pulso después de semejante sobresalto.

- S-Si... ¡Si maestro!- exclamó casi por reflejo. Y dejando su paño y cubilete caer justo donde estaban, se precipitó por la trampilla hacia las escaleras tan rápido como su atormentado corazón se lo permitiese.

Miles de escalones sobre el mar, Myra llegó por fin frente a las puertas del estudio de su maestro. Dos robustas piasas de roble adornadas con oro y plata. Empapada en sudor y boquando como lo hacía la niña se asemejaba a un pescadito recién sacado de la red.

De repente, se encendieron los dos braceros que flanqueaban las puertas, y estas se abrieron de par en par.

Dentro, yacía una enorme habitación con un techo dos veces más alto que el de cualquiera de los otros pisos. Las paredes laterales estaban completamente forradas con estanterías repletas de misteriosos tomos. Y al fondo, había un enorme y redondo ventanal frente al cual se erguía el respaldo de un imponente sillón rojo, que casi parecía un trono. Liviana como el viento mismo y cargando consigo una pluma negra, una mano espectralmente pálida iba y venía del papel al tintero, sobre un escritorio que existía entre el ventanal y el sillón.

La mano se detuvo en cuanto Myra puso un pie en el estudio.

-Llegas tarde.

-Maestro yo...

-Cierra la boca.

Alto como ningún otro, El Señor de la Neblina se levantó de su escritorio y se volvió de frente a su aprendiz. Llevaba una larga hopalanda negra y roja que cubría sus pies, un rostro sin edad y feroces ojos dorados contrastaban con la ondulada cabellera oscura que colgaba bajo sus hombros.

Como si flotara, el hombre atravesó el estudio hasta quedar a unos pocos pasos de Myra, quien permanecía tan tiesa como una lapida, con la vista clavada en el suelo.

-Muéstrame cuanto has progresado en tu entrenamiento.

Myra, entre sobresaltada e intrigada, levanto súbitamente la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de su maestro. Pero, frente a su mirada, enseguida volvió a bajar la vista.

"¡Entrenamiento!" pensaba "¡Pero si no me ha dado ningún entrenamiento!
¡Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido limpiar!".

- S-Señor... Yo no se... no se de que habla...- Alcanzo a decir con la voz echa un hilo.

-¿¿COMO HAS DICHO?!!- su voz hizo temblar los mismos cimientos de la torre.- ¡Estas en la Torre de los Susurros, resguardo del conocimiento ancestral, sepulcro de secretos capaces de alterar el curso mismo de la creación! ¡¿Hallandote aquí, donde reyes y sabios no son más que niños de pecho has osado desperdiciar tan siquiera un segundo?! ¡¿Que tan incompetente eres, para pasar todo este tiempo aquí aprendiendo NADA?!

-Y-yo... y-yo n-no...- en este punto Myra estaba al borde del llanto.

-¡Vamos! ¡Escalpelo de una vez!

Retrocediendo frente al avance del iracundo hechicero, la niña trastabilló cayendo al suelo. Inmediatamente escondió la cabeza entre los brazos, como defendiéndose de algún animal salvaje.

-¡Y-Yo no se leer m-maestro!- alcanzo a decir la hija del pescador en medio de un ataque de pánico.

-¿¡No sabes leer!?¿¡Que clase de patética excusa es esa!?¿¡Que es leer sino una minucia frente a los secretos que te ofresco!? ¡EN LUGAR DE EXCUSARTE APRENDE DE UNA BUENA VEZ!-vociferó el mago

-Pe-p-pero ¿Co-como? si-si yo no...-En ese momento la catatónica voz de la muchacha se extinguió de sus labios, y temblando como ratón frente a un gato, comenzó a llorar a moco tendido.

-Agh!-exclamó el maestro con fastidio, volviéndose hacia el ventanal. Contemplo la niebla durante unos instantes y, sin darse la vuelta habló una vez más. -A partir de hoy contemplaras la niebla todo el día, todos los días. No te detendrás si no es para dormir o comer. Puedes olvidarte de todos tus otros deberes. Cada luna llena, vendrás a mi y me reportaras tus progresos.-hizo una larga pausa, tal vez esperando alguna réplica, pero la niña no hacía más que llorar- Si te pesco en obrando de cualquier otra forma de como te he indicado, tu castigo no se hará esperar. Largo.

Myra se arrastró como pudo fuera del estudio. Cuando finalmente salió, las puertas se cerraron del mismo modo que se habían abierto y ella se quedó nuevamente sola.

Durante horas se quedó allí, llorando acurrucada sobre el frío suelo piedra. Lloraba por la crueldad de su maestro, a quien no podía comprender ni complacer. Lloraba de cansancio. Pero, por sobre todas las cosas, lloraba por el hogar al que no podía volver.

Capítulo 3

Eso en el Bosque

El otoño había vuelto el aire más ligero al pasar entre los árboles de antiguas frondas, que exhibían sus troncos cubiertos de líquen. Arriba, sus copas cobrizas recibían la última luz que el ocaso tenía para ofrecer. Más cerca del suelo, todo empezaba a cubrirse de sombras.

Flanqueada por árboles, una antigua escalinata de piedra parcialmente cubierta por el musgo, ascendía por la ladera de una lomada. A la luz de un pequeño farol, dos figuras encapuchadas ascendían por sus escalones. Bajo el pie del que iba más atrás, una grada se desprendió haciéndole perder el equilibrio. Antes de que cayera, su compañero alcanzó a atajarle.

-Ten cuidado muchacho. Estos escalones están en mal estado

-Gracias, freire Briccio, señor.

Briccio no estaba acostumbrado a que lo llamaran por su rango. Después de todo "freire" se le antojaba demasiado pomposo para un simple soldado como él. Sus compañeros solo lo llamaban así para gastar bromas. El joven, recién iniciado en la orden, actuaba con el exceso de formalidad propio de un novicio que busca ganarse el respeto de sus camaradas. Briccio lo sabía bien, porque el mismo había llenado esos zapatos alguna vez.

-No falta mucho para llegar. Aguanta un poco más, chico.

Se dirigían Wutz, un fortín levantado a partir de gruesos troncos en algún lugar de aquel bosque. El sitio se hallaba lejos de su ruta habitual, pero últimamente unos cuantos soldados de Wutz habían desertando, lo que forzó al comandante a extender las patrullas de los puestos aledaños hasta que las plazas del fortín volvieran a su número habitual.

Los dos caballeros llevaban horas andando por el bosque. No les preocupaban los bandidos, puesto que iban bien armados. Debajo de sus capas llevaban espada, broquel, daga, cota de malla y gambesón. Pero si bien su equipo era relativamente ligero, después de una larga jornada comenzaba a pesarles significativamente.

Un rápido gesto de la mano de Briccio hizo detener la marcha.

El canto de las aves se había detenido dejando lugar a que un abrupto silencio se apoderase del bosque. El caballero sintió unas

barrillas quebrase.

Con aire distraído, Briccio apoyo su mano libre sobre el pomo de su espada.

-No estamos solos...-murmuro.

El novicio no tardo en volverse hacia atrás, cubriendo la espalda de su compañero y haciéndose de su propia arma.

Una sombra pasó zumbante entre los arboles de su izquierda, seguida de cerca por el prolongado tañido metálico de los aceros recién desenvainados.

-No creo que sean bandidos, freire...

-No, chico. Yo tampoco lo creo.

Los hombres levantaron la guardia donde se suponían prevenidos de aquello que los asechaba, pero no había pasado medio instante cuando sintieron sacudirse unas ramillas en el lado opuesto.

-¡Son varios!

-No, es uno solo, pero es grande... muy grande...

Casi como respondiendo a Briccio, dos enormes ojos de esmeralda saltaron frente al novicio desde los arbustos. Sobresaltado, el muchacho esgrimió su espada contra la criatura, que parecia agazaparse a la altura de sus rodillas. Pero en cuanto hizo contacto, el acero se quebró en dos con un sórdido tañido.

Un profundo gruñido sacudió el aire y esos ojos resplandecientes se elevaron por sobre sus cabezas. Aún con la pendiente en contra, la criatura ahora erguida, los doblaba en tamaño.

-¡Chico! ¡Corre!

Pero ya era demasiado tarde. La cabeza del novicio cayó un escalón por debajo de Briccio, salpicandole de sangre.

-¡Mierda! - Y otras cosas maldijo mientras arrojó el farol contra las fauces del monstruo.

El pequeño adminiculo metálico exploto al contacto, dejando tras de si una nubecilla de brazas ardientes. En ese momento, un inhumano quejido sacudió las copas de los cipreses. Briccio aprovecho ese instante para

soltar su espada y escapar.

Tres cuartos de una luna madrugaban en el cielo crepuscular, debajo el freire corría cuesta arriba valiéndose de fuerzas que había creído largo tiempo agotadas. Cada vez que estaba tentado a voltearse con la esperanza de haber perdido a su perseguidor, oíanse sus pisadas tomando carrera a sus espaldas.

Por fin llegó a la cima de la lomada sin tiempo para detenerse. Un cuarto de legua lo separaba de sus compañeros de Wutz. Sostuvo la respiración. Si exhalaba aunque fuera una sola vez, sabía que no recobraría el aliento.

Por un momento el mundo se tetuvo. Sintió la respiración de la bestia y un ardor que recorrió su espalda como si de tres latigos se tratase. Ayudado por la adrenalina, Briccio consiguió ahogar el grito y dar un paso más, luego otro y sus piernas finalmente cedieron dejándole caer de bruces.

Tal vez fue un grito de socorro eso, que se escuchó aquel día en el bosque.

Capítulo 4

Malos Augurios

El planetario que él mismo había fabricado funcionaba tan bien como siempre. El zafiro-proyector impecable, los ejes perfectamente alineados, la bola de cristal no podía estar en mejores condiciones y sin embargo, por más que repitiera el proceso una y otra vez, el resultado no cambiaba:

Dentro del cielo estrellado contenido en la bola de cristal, se podía ver claramente al planeta rojo fuera de su órbita, peligrosamente cercano a la constelación del escorpión.

“Lo que señala el comienzo de una gran guerra...” pensó.

Pero eso tenía que ser un error. Era imposible que sus cálculos, siempre tan meticulosos, hubieran pasado por alto un cataclismo de semejantes proporciones. Si, de seguro se trataba de un mal funcionamiento del artefacto, revisaría de nuevo los ejes y... no...

El Señor de la Niebla se dejó caer sobre el sillón de su estudio y durante un buen rato, se masajeó la cien con los dedos contemplando el planetario.

El extraño dispositivo constaba de una bola de cristal suspendida en el centro de lo que parecía ser alguna especie de enorme giroscopio dorado con misteriosos grabados en sus anillos. Estos anillos eran los que él llamaba “ejes”.

Las inscripciones en los ejes eran coordenadas, con ellas, el mago solo tenía que alinear los aros de determinada manera y el cristal azul en la base del mecanismo proyectaría en la bola de cristal una nítida imagen del cielo nocturno, visto desde el espacio y el tiempo que las coordenadas indicasen.

Una herramienta invaluable para la práctica de la astrológia y el estudio de la astronomía. Creada con magia y la mano de los mejores artesanos del antiguo imperio del este.

“Después de todo es una obra maestra en toda regla” pensaba “Sería más probable que el sol saliera por el norte antes de que esto fallara... no esto es algo más...”. Un movimiento de la mano y la imagen desapareció de la

bola de cristal.

-Ahh...- suspiro el Señor de la Niebla – Que fastidio.

Tomo de su escritorio uno de los cuadernos donde anotaba sus predicciones y comenzó a voltear una pagina tras otra.

Las estrellas pueden ser cripticas a la hora de revelar el futuro, pero nunca mienten. Si contra de todas sus predicciones el planeta rojo se hallaba tan lejos de su órbita, a sus ojos eso solo podia significar una cosa; o alguien, interfireria con las fuerzas del destino mismo. “Un poderoso hechicero...”cavilaba el mago.

Si recordaba correctamente, tan solo unos meses atras había percibido a un poderoso hechicero acercarse a su isla. Por un momento pensó que se trataba de algún rival que buscaba desafiarlo por el control de su torre. Sorprendentemente, su supuesto rival resulto ser una chiquilla moribunda

La niña había demostrado ser una completa incompetente de modo que toda la experiencia solo había servido para reafirmar lo que el mago ya sabia; el poder sin control siempre degenera en algún tipo de enfermedad. En fin, eventualmente aprendería, asi tomase siglos.

Detuvo sus ojos sobre sus notas.

-El rey del este.- Dijo golpeando la pagina con el dedo.

Según sus predicciones, un rey se alzaría con la corona de las tribus barbaras del este, uniendo a los ocho clanes del desierto bajo una misma bandera. En un principio, el Señor de la Niebla, había visto afablemente el que esos animales finalmente renunciaran a la anarquía. Ahora aquel agradable pero intrascendente detalle degeneraba rápidamente en un autentico desastre.

Bajo esta nueva estrella, el rey del este se lanzaria a la conquista de los reinos aledaños y contando con la ferocidad de los ocho clanes (hasta el momento muy ocupados matandose entre ellos) el continente entero quedaría envuelto por las llamas de una guerra interminable.

“Pues he aquí el foco del incendio. Solo resta hallar al causante...”

Pensativo, el amo de la torre alzo la vista a la ventana, pero fue se detuvo en seco frente a una visión inesperada; su cielo de eternas brumas, se hallaba despejado.

-iAh!- exclamo saboreando los rastros de magia en el aire-Parece que la mocosa no es del todo incompetente...

Capítulo 5

Magia

¿Que había de ocurrido?!

Se había quedado dormida contemplando la bruma, como había ordenado el maestro. Se había despertado en la fría soledad de la noche. Cegada por la bruma, incapaz de ver donde pisaba y temerosa de los acantilados, había resuelto no moverse y esperar el amanecer allí mismo. Naturalmente, semejantes condiciones no habían tardado en mellar su carácter y se había puesto a gritar de frustración... ¡Si! entonces había ocurrido lo imposible: A un momento ella estaba gritando exasperada y al otro, toda la niebla desapareció. Inclusive el cielo estaba despejado.

Ida la niebla, podía verlo todo con claridad; El mar, un negro terciopelo con pinceladas en plata. La Torre de los Susurros, imponente bajo la luz de la luna. Y su maestro, pálido espectro silente, de pie justo a ella.

-¡AH!- grito Myra sobresaltada por la silueta de aquel hombre- ¿Maestro?! ¿Desde cuando...?! ¿Fue usted quien...?!

- Deja de balbucear estupideces.- replicó él con aspereza- Veo que has encontrado "el final de la niebla". Aunque de una forma particularmente literal.

-¿D-de que habla...? Yo solo...

-Tu, te las arreglaste para descubrir el punto donde tu ser se acaba y empieza algo más. Filtraste entonces tu esencia a travez de ese limite y luego comandaste a la niebla y las nubes de la isla como si fueran otra parte de ti. Así fue que disipaste la bruma y despejaste el cielo. En otras palabras, acabas de hacer lo que la humanidad en este tiempo conoce como "magia".

La muchacha estaba atónita ¿iMagia, ella!? Si, su maestro la había tomado como aprendiz pero... pero nunca se había creído capaz ¡Más que eso! Ella estaba convencida de que su maestro eventualmente se daría cuenta de su incapacidad y la enviaría de regreso o... o la mataría...

Por su parte y aunque no se mostrara en sus facciones, el mago también estaba bastante sorprendido. A una mocosa con su nivel, algo como aquello debería tomarle décadas de meditación y cuidadoso

entrenamiento, pero esa niñata lo había hecho inconscientemente en cuestión de días. Tomarla bajo su tutela demostró ser la elección correcta. Después de todo dejar a alguien como ella suelto sin supervisión hubiera sido desastroso.

-Nunca olvides la sensación que acabas de experimentar. Es tu vínculo con tu poder. Con esto, ya puedo comenzar a enseñarte apropiadamente. Sígueme.

El Señor de la Niebla camino hasta las pesadas puertas de bronce, que se abrieron para él por sí mismas. Antes de entrar, se volvió hacia su aprendiz.

Myra estaba de rodillas sobre el césped que cubría la isla, tratando de encontrar sentido a todas esas palabras, que le sugerían tanto y le significaban tan poco.

Esa fue la primera vez que sus ojos verdaderamente se encontraron.

Por un lado una mirada dorada e inexpresiva, que centelleaba desde la sombra de la torre. Por otro, los dos ojos grises perdidos en un mar de incertidumbre, que se ahogaban bajo una intrigante luz de la luna.

Vacilante, la aprendiz siguió al maestro. Vacilante, sí, pero con sus propios pies.

Capítulo 6

La gente de las montañas

“Contén la respiración y sostén la flecha con firmeza”. Las palabras de su padre sonaban en su cabeza.

En medio de un páramo helado, un majestuoso venado se camuflaba gracias a su níveo pelaje. A esa distancia, ojos cualquiera solo hubieran visto blanco sobre blanco, pero el ojo de Yisü era experto.

La flecha voló certera casi cien metros, introduciéndose ente las costillas de la bestia y perforando su corazón. El animal murió el instante y Yisü se acercó al galope.

A sus nueve años, el niño montaba a caballo con maestría pese a llevar entre sus manos un pesado arco de la mitad de su propia talla. Iba vestido con un tapado de pieles, tenía la tez tostada, los ojos rasgados y oscuros, y el cabello negro. Llevaba su estampa con un orgullo que rallaba en la arrogancia, muy propio de un miembro del su clan, y aun más propio del hijo de un jefe.

Ató las piernas del venado sin vida a dos largas y gruesas ramas. Luego sujeto las ramas a su montura. El cadáver se deslizó por la nieve arrastrado por el caballo.

Bajo un brillante cielo azul las montañas se levantaban soberanas sobre aquel blanco mundo salpicado de pinares. En un principio aquel lugar podía parecer desolado, pero si uno se detenía un momento y guardaba silencio, descubriría la verdad de aquel suelo. Vería a los roedores saltando por la nieve, las lechuzas y los zorros en su caza, y los venados silencios mientras buscaban pastos secos bajo las rocas. Con suficiente atención, se podría inclusive ver las huellas de los leopardos de las nieves o escuchar el aullido de los lobos en la distancia.

El “Gran Desierto Oriental” así lo llamaban los reinos de poniente, pero atestiguada toda aquella vida y soñada toda otra que aun oculta estuviera, dos hombres cualesquiera acordarían enseguida que esa tierra poco tenía de desierto y mucho tenía de grande.

Vislumbradas las finísimas hileras de humo que apuntaban a su hogar, Yisü alegremente apuro su caballo. El pequeño pero robusto corcel bayo, redoblo brioso la marcha indiferente al peso del venado que arrastraba a

cuestas.

Del otro lado de la colina, a la vera del arrollo y sobre un manchón de verdes hierba, su caravana había montado campamento: Un grupo de siete conicas tiendas de pieles soportadas por troncos delgados, dispuestos en un círculo. Suelos a su alrededor, un rebaño de caballos y renos que pastaban libremente.

-¡Padre! ¡Padre! ¡He cazado un venado!- gritaba Yisü lleno de alegría.

De entre un grupo de hombres encaramados frente a una fogata, el padre de Yisü se levanto con una inmensa sonrisa.

-¡Yisü! ¡Hijo mio! ¡Ven aquí!- gritaba

Cuando el caballo dejó la nieve, Yisü hizo que aminorara la marcha, para que la pieza de su cacería se estropeara lo menos posible. Ya frente a su padre, saltó de su montura corrió feliz a su encuentro.

Berke, un hombre alto y robusto, tomó a su hijo en brazos y arengó al resto de sus compañeros a que se acercaran a ver lo que había cazado.

- ¡Miren que ejemplar tan magnífico!- Se golpeaba el pecho- ¡Mi hijo es el orgullo del clan Tama!

- Disfruta mientras puedas, Berke -decía otro- ¡Cuando mi hijo aprenda a montar, volverá con un leopardo entre los dientes!

Ante la ocurrencia todos los hombres se partieron a carcajadas, pero pronto fueron interrumpidos por una voz femenina.

Otro caballo se acercaba al galope. Era Tsetseg que venía a toda prisa montada desde el lado opuesto del campamento.

-¡Jefe Berke! -gritaba.

El padre de Yisü alzó la mano indicando a la muchacha donde se encontraba.

- Tsetseg niña, ¿Que te trae por aquí?

- Señor, un mensajero del clan Keshik llegó con cartas para todos los jefes de caravanas.- dijo la chica, agitada, mientras le entregaba un pedazo de cuero enrollado.-Nuestro jefe dijo que era urgente.

-Buen trabajo Tsetseg. Debes haber montado durante varios días. Entra a descansar a mi tienda.- si bien las palabras de Berke eran cálidas sus ojos

miraban el papiro que le tendían como a una serpiente enroscada.

-Gracias, jefe Berke... Me encantaría, pero todavía tengo que entregar una última carta, para la caravana de la jefa Bolormaa.

Tsetseg estaba evidentemente extenuada. Dejarla continuar era irresponsable, no solo por el peligro que la montaña representaba en su estado, sino también porque corría el riesgo de fracasar en su misión. Una carta del clan Keshik no debía tomarse a la ligera. Ellos controlaban las praderas de la montaña baja. El clan Tama no tendría otra opción más que acudir a esas tierras cuando el invierno llegase, y las pasturas empezaran a escasear.

- No te preocupes, Tsetseg, enviare a otro mensajero... -dijo el jefe.

-Yo lo haré- interrumpió Yisü mientras desenganchaba el venado de su montura- Vi el humo del campamento de la abuela Bolormaa mientras cazaba. Se encuentra al este, pasando "Pico del Águila".

Berke no podía disimular su enorme sonrisa llena de orgullo.

-¡Mi hijo se encargara personalmente!

-Pero Berke... hay osos en "Pico del Águila". En esta época del año, antes de hibernar, son especialmente agresivos.- hablo uno de los hombres de la fogata.

El jefe de la tribu contemplo lo dicho por un momento.

-Hijo mio... ¿Estas seguro de hacer esto?

-Descansa tranquilo padre.-dijo mientras se montaba nuevamente en su caballo- Antes de que te des cuenta estaré de vuelta con un oso entre los dientes.

Los hombres no pudieron contener su risa, pero esta vez el padre de Yisü no los acompaña.

-Yisü, como jefe de la tribu, te prohíbo llevar a cabo cualquier acción temeraria durante este viaje. Si llegase a pasar cualquier cosa, no dudes en usar esto- Butagei tomo un silbato de hueso que llevaba colgado al cuello y se lo entrego a su hijo.

Sostuvo firmemente sus manos con el silbato entre ellas, sin dejar de mirarlo a los ojos. Hablaba en serio.

-Si, padre.

-Muchas gracias Yisü. Eres muy valiente- Agregó Tsetseg tendiéndole la carta en la mano- Mantente seguro, no dejes que tu caballo se canse y come apropiadamente.

-iTsetseg, se como cuidarme de ni mismo!- contesto Yisü irritado.

-Lo se. Pero sigues siendo un niño, así que tengo que cuidarte.-dijo burlona, revolviendo su cabello.

Yisü frunció en ceño irritado. Odiaba que lo trataran como un niño, en especial las niñas bonitas como Tsetseg.

Así, tras intercambiar unos últimos adioses y equipar a su caballo con lo necesario para en viaje, Yisü volvió a perderse al galope, sobre la misma colina por donde había llegado.

- Jefe Berke... ¿Cree de verdad que Yisü estará bien?

-No te preocupes Tsetseg. Mi hijo es hábil. No correrá ningún riesgo mientras siga mis instrucciones. Ahora, ve con mi esposa a la tienda, debes descansar. El resto, preparen sus caballos. Llevaremos a pastar al rebaño ladera abajo.

Aprovechando un momento de soledad, mientras todos se dirigieron a cumplir con sus instrucciones, Berke se ocultó en una tienda vacía. Con cuidado, desenrolló el pedazo cuero y leyó atentamente lo que llevaba escrito. Mientras leía su semblante se llenaba de preocupación, de intriga, de ira.

-iInaudito!-Grito arrojando furiosamente la carta.

-¿Y?¿Que dice?- Era la voz serena de su mujer, que sonaba del otro lado de la tienda.

-¿D-de que hablas?

-No te hagas el tonto conmigo. Tsetseg me lo contó todo... Sabes que no tienes que protegerme de nada, hay pocas cosas que puedan conmigo.

-Lo se, lo se...-rebuzno irritado el jefe de la tribu- Pero no puedes culparme por intentarlo.

Guardaron silencio un momento. El viento montañés silbaba contra las pieles de la tienda. Unos pocos copos de nieve se filtraban por el agujero del techo, y caían suavemente sobre el arrugado pergamino de

cuero. Berke volvió a hablar:

-Quieren una reunión. Todas las carabanas... todos los clanes.

Capítulo 7

Myra cayó de bruces sobre su cama emitiendo un largo quejido. Desafortunadamente para ella, la atención de su maestro había demostrado ser mucho más brutal que su indiferencia.

Comenzaba de la nada a monologar, dando larguísimas exposiciones que terminaba de manera aparentemente arbitraria, solo para ser retomadas días más adelante como si no hubiera pasado un instante a veces incluso en medio de otra exposición igualmente larga y maltrecha, como por ejemplo:

-... la magia se produce cuando la "esencia" o "poder" del hechicero se mezcla con los elementos(...) solo entonces el mago puede conseguir que estos cumplan con su voluntad(...). Salomón y otros autores de corte animista, teorizan que la "esencia" es la materialización del alma humana(...) otras fuentes de la rama materialista aseveran que se trata de una extensión de la mente(...). Mi teoría, es que el poder de un hechicero es la totalidad de los elementos que componen a su ser consciente, es decir, mente, cuerpo y tal vez espíritu(...). En cualquier caso, antes de poder realizar un hechizo, el practicante debe "disolver" una parte de su ser dentro del elemento que desea manipular (...). Entre los muchos peligros que esto representa, se encuentra la posibilidad de disolverse por completo en el medio a manipular (...), es por eso que un buen hechicero siempre a de buscar métodos para aprovechar su poder al máximo usando la menor cantidad posible(...) el uso prolongado de la magia trae consigo efectos secundarios fácilmente reconocibles en el físico del practicante (...) no todos los efectos secundarios son indeseables, algunos son inclusive provocados adrede para...

Algunos de sus monólogos podían extenderse horas. En todo ese tiempo, ella debía permanecer en silencio sentada en un pequeño taburete, o realizando extrañas tareas que su maestro le asignaba sin ningún tipo de explicación.

Estas iban desde cosas tan sencillas, como sostener un guijarro con los ojos cerrados o contemplar una cubeta con agua, hasta verter burbujeantes líquidos verdes (potencialmente explosivos) a través de delicadas canulas de cristal.

A veces, simplemente le arrojaba una pila de libros por sobre su cabeza y

decía a secas:

-Leelos.

Si ella traía a colación su analfabetismo, el replicaría algo como:

- ¿iSigues con eso!? ¡Arreglatelas!

Y se volvía a continuar con lo que fuera que estuviese haciendo.

Su primera "clase", había durado diecisiete horas ininterrumpidas, durante las cuales el hombre no la dejó salir de su estudio. Tubo que rogarle, argumentando que necesitaba comer, dormir, ir al baño. Cosas que aparentemente el sujeto no hacía.

El Señor de la Niebla respondió irritado:

-¿Hasta donde llegara tu mediocridad? ¿Sabes cuantos matarían por una onza de estos conocimientos? Yo te lo sirvo todo en bandeja de plata, y tu estas dispuesta a pasarlo por alto porque "tienes que ir al baño"... Lamentable.

Y con un chasquido de sus dedos las puertas del estudio se abrieron de par en par. Después de eso, a base de más ruegos, había conseguido que su suplicio se limitase a doce horas diarias...todo un triunfo...

Ahora se cumplía un mes desde que todo aquello había comenzado, y no tenía pinta de que fuera a mejorar pronto.

-haaa...-suspiraba- Voy a morir. Si vuelve a pedirme que recite "Los principios fundamentales de la hechicera Gorgoniana" una vez más, moriré parada en ese sitio antes de terminar...

"¿Y que voy a hacer con todo esto...?" pensaba mientras miraba de soslayo las pilas y pilas de libros que se habían acumulado en su habitación. Podía sentir el olor de la tinta vieja y el papiro desde su cama.

Se sentó tomando uno de los libros más próximos a su lecho. Bajo la luz de una vela de junco, inspeccionó el lomo durante unos minutos. Era un tomo verde con flores e inscripciones doradas dibujadas en su portada. "La esencia en las cosas..." pensaba rememorando una de las exposiciones de su maestro. "Guía del boticario Caledoniano...Caledonia...eh... debe ser sobre las plantas de nuestro reino. Sería lindo entender lo que dice..."

-Espera...- dijo en voz alta con los ojos abiertos como dos platos.

Volvió a mirar el lomo del libro. Marcaba "Guía del boticario Caledoniano" en bellas letras doradas.

Las puertas del estudio se abrieron nuevamente. Myra entro jadeante con las manos llenas de libros.

-¡Ma-maestro! ¡Maestro! ¡Es increíble! ¡Puedo leer! ¡E-entiendo lo que dicen! ¡Entiendo lo que dicen todos!

En eso, uno de los libros que llevaba se escapo de su abrazo y en su afán de recapturarlo, la muchacha trastabilló, apenas quedando en pie con un equilibrio precario.

-Ya era hora.-replico su maestro inmutable, sin levantarse de su escritorio o retirar la vista del tomo que lo ocupaba.

- ¿P-pero como es posible? Recuerdo que hasta ayer no entendía nada de lo que ponía escrito- inquirió de rodillas, mientras se incorporaba nuevamente- ¿O es que acaso es así como la gente aprende a leer? ¿De la noche a la mañana?

-No digas estupideces. Puedes comprender esos textos porque están en tu lengua materna, y has usado magia, de forma inconsciente para interpretar la esencia de lo que el autor puso en su manuscrito. No seras capaz de entender conceptos elevados con una magia tan básica. Pero si lees con regularidad, eventualmente terminaras por aprender el significado de cada palabra.

Myra no acababa de salir de su asombro. De repente una cálida alegría brotó en su pecho, y se acerco tímidamente al sillón de su maestro.

- M-muchas gracias maestro... Escuche que quienes aprenden a leer y escribir, pueden trabajar como comerciantes o notarios... Nadie en mi familia tuvo oportunidad...

-Parece que estas empeñada en entregarme el crédito de tus proezas.- la interrumpió- No tuve nada que ver con esto o con el incidente de la neblina. Ambos episodios fueron manifestaciones espontaneas de tu poder latente. Nada demasiado impresionante comparado con tu potencial, si me lo preguntas. Ahora bien, - levanto la vista de su libro- Si estas aquí, asumo que has terminado tu descanso y estas lista para continuar tu entrenamiento. ¿No es así?

-¡¿Eh?!

Pero ya era demasiado tarde. El amo de la torre chasqueo sus dedos y las

pesadas puertas se cerraron a sus espaldas, dejándola a merced de largas horas de calvario.

Capítulo 8

Casey

-¿Como haz dicho?!-Casey golpeo la meza con su guantelete hecho un puño.

Había viajado desde Cedole hasta la ciudad de Burgos, sin una moneda en el bolsillo y una espada desafilada al hombro. Se había convertido, por un corto tiempo, en un mercenario y ladronzuelo. Pero eso solo duro hasta que un día la fortuna quiso que pasara frente a dos rojos estandartes donde anunciabase con bombo y platillo, que la excelentísima "Orden de la Cruz Escarlata", bajo mandato de su majestad Belenos V rey de Caledonia, reclutaba ese día a cuanto hombre estuviera dispuesto a prestar su espada al servicio del reino.

Así, viajó incluso más lejos, a la frontera con el desierto oriental y más tarde, a las fronteras con el reino vecino. Había trabado amistad con sus compañeros tras largas noches de vigilia iluminados por las estrellas y las llamas de una fogata, siempre alertas por un posible ataque enemigo.

Había sido emboscado barias veces mientras patrullaba. Una vez, a manos de un grupo de salvajes del desierto, había sido herido gravemente por una flecha, siendo cargado por su escuadrón de regreso a la fortaleza. Muchos amigos habían muerto ese día.

Finalmente, tras dos largos años de servicio, recibió su sueldo, una bolsita de cuero con veinte monedas de oro y un mes de licencia.

Apremiado, empleó los primeros diez días de su licencia y las primeras cuatro monedas de oro, para regresar donde su familia... Solo para descubrir, que en su ausencia, su hermana pequeña había pasado de estar al borde de la muerte, a ser cautiva de un temible hechicero.

-El anciano dijo...-prosiguió su padre- dijo que Myra se veía mucho mejor después de que el Señor de la Niebla la trató... P-pero, también dijo q-que... que tomaría a Myra c-como pago por salvar su vida...

Cuando termino de decir esto, su madre, que hasta ese momento había permanecido en silencio, con la vista clavada en la mesa, rompió en un llanto desconsolado, a lo que su esposo no tuvo otra opción que abrazarla y calmarla.

Casey, vestido con su uniforme, armado con la experiencia de un guerrero, no pudo hacer nada más que mirar en silencio y apretar el puño,

mientras la pareja lloraba frente a él.

Cuando se marchó, lo hizo sin aviso, para dar a su familia una boca menos a la que alimentar. Al regresar, tras unos vacilantes minutos frente a la puerta, se había encontrado con su padre que regresaba del puerto. Al principio, este no lo reconoció, pues ya no era ese muchacho flacucho y pálido que recordaba. Pero en el momento en que él pronunció las palabras "Hola papá..." Declan soltó sus redes y cuanto cargaba consigo, para correr a abrazar a su muchacho. Poco después su madre se les unió, al escuchar los llantos y los gritos de alegría provenientes de la acera. Pero la festiva atmósfera, no tardó en hacerse añicos cuando Casey preguntó por su hermanita.

-Necesito, un poco de aire...-dijo dejando atrás a sus padres, llorando en la habitación.

Declan amago a estirar el brazo, para detener a su hijo, pero su esposa no paraba de llorar y él no se atrevía a dejar su lado.

Ahora, el muchacho iba y venía ansiosamente, pateando el suelo y maldiciendo por lo bajo. "¡Maldita sea mi suerte...!" decía en su mente "¡Por que de todas las personas tenía que ser Myra! Todo esto es mi culpa, nunca debí haberme marchado. Si hubiera estado aquí entonces yo...yo..." al pensar esto, el soldado se dejó sentar sobre un tocón al costado del camino de tierra. La noche era fresca y traía consigo los nostálgicos olores del puerto.

-¿Que podría haber hecho yo...?-mascullo sosteniéndose la frente con la mano.

No, no debía pensar así. Si había algo que aprendió en sus días como soldado, es que de nada sirven los "si hubiera". Su hermana estaba viva, o, al menos no estaba enferma. Lo que quería decir que solo tenía que rescatarla de allí... Ahora bien, ese era un problema en si mismo, pero a fin de cuentas, era un problema que si tenía una solución. Una solución descabellada, si, pero no por ello fuera de su alcance.

Los ojos grises del soldado, ardieron como dos braseros esa noche.

-Esperame, hermanita.

Capítulo 9

Desde el otro lado de la ventisca

La tormenta arreciaba, y con cada nuevo copo de nieve que caía, el rastro de la caravana de Bolormaa se volvía cada vez más difuso. Yisü tuvo que bajar de su montura, para que el animal no se cansara tan rápido con el viento gélido entrando en sus pulmones. Ahora, niño y caballo, caminaban a ciegas en medio del viento níveo. Cuesta arriba, las siluetas de unos pinos se recortaban difusas en la tempestad.

-Calma Odon...- se dirigió al caballo- El bosque esta delante. Allí la tormenta no sera tan dura... la caravana de la abuela tampoco debe estar lejos...

El viento sacudía las copas de los arboles, pero estos conseguían amortiguarlo lo suficiente para que la nieve, no enturbiase los ojos del joven viajero al caer. Desde donde estaba, podía ver a los pinos alinearse, formando una especie de extraña galería. Al fondo, en un claro, se esbozaban las sombras de varias tiendas. Mezclados entre la ventisca, el aroma y color del humo, le anunciaban que estaba próximo a su destino.

-¡Te lo dije, Obon! ¡Hemos llegado!

Pero el corcel no parecía compartir la alegría de su jinete. Comenzó a relinchar nerviosamente, y a sacudirse con brusquedad, tirando las riendas de las manos de su amo.

-¡Obon! ¡Calma! ¡¿Que te ocurre?!

El caballo se irguió, pateando el aire con sus patas delanteras, forzando a Yisü a soltar las riendas y asciendole caer de espaldas sobre la nieve. Luego, el animal salio disparado en dirección al campamento.

Yisü se incorporo de prisa. No perdería a su caballo en aquella tormenta.

-¡Odoon!-grito con todas sus fuerzas mientras corría detrás del animal.

De pronto se detuvo. Frente a él había un tipi... o lo que quedaba de uno. Las pieles de la tienda estaban hechas girónes y varios de sus soportes, rotos. Brevemente, la tormenta amainó dejándole ver mejor el resto de la escena. Yisü recorrió lo que quedaba del campamento con su mirada. La mayoría de los tipis ni siquiera estaban en pie. Sobre el piso yacían arcos, monturas, instrumentos y utensilios de cocina. Los tesoros de su gente,

rotos, abandonados.

Una visión interrumpió su estupor. Junto a una fogata al borde de la extinción, había alguien sentado. Inmediatamente, Yisü corrió a su encuentro.

-¡S-señor! ¡Señor! ¡¿Q-que paso?¿Donde están to...?

El niño dio un salto hacia atrás en lugar de seguir avanzando. El hombre estaba muerto. Tres cortes paralelos habían abierto su pecho, rengando la nieve con su sangre. Sus ojos sin vida, congelados en la más pura expresión de horror, su mano izquierda aferrada a su arco, y la llamas de la hoguera comenzando a trepar por la manga derecha de su abrigo.

-N-no no no no... esto no pude ser- El niño sacudía la cabeza y retrocedía con las manos vueltas hacia adelante, protegiéndose del cadáver...o más bien de la realidad que este implicaba.

Tropezó con algo suave. Debajo de los restos de una tienda, asomaba una pequeña mano, sosteniendo una muñeca de trapo manchada de sangre. Los ojos de Yisü se llenaron de terror.

- ¡Ahhh!- grito llevándose las manos a la cabeza.

-¡Oboooon!¡Abuela Balormaaaaa!¡Tio Nergüiii!- miraba de un lado al otro con lagrimas de desesperación-...Padre...alguien...

Agitado, tomo el silbato de hueso que llevaba al cuello. Se lo llevo a los labios entumecidos por el frio, y lo hizo sonar hasta que se quedo sin aire en los pulmones. Silbo y silbo, y el sonido se perdió una y otra vez en el aullido del viento. Termino de rodillas en la nieve, aferrándose al silbato con ambas manos temblorosas.

Un sonido a su espalda lo sorprendió. Un profundo gruñido sacudió el aire.

Capítulo 10

Partida

-Nos vamos.

Myra se despertó de un sobresalto. Se había quedado dormida mientras leía. Su maestro estaba de pie en la puerta de su habitación.

-¿Maestro...? ¿Que hace aquí? ¿D-de que habla?

-No me hagas repetirme. Empaca y muévete. Tienes un cuarto de hora, ni un minuto más.-y desapareció por el pasillo.

Myre se frotó los ojos preguntándose si aun estaba soñando, pero enseguida sacudió la cabeza y salio al pasillo a perseguir a su maestro.

-¡Maestro espere! ¿A donde...?- cuando asomo la cabeza por la puerta, el hombre ya no estaba.-¡M-maldición!

Miro confundida a su alrededor. Su habitación estaba enterrada en montañas de libros. Exhalo profundamente. Tenia que empacar.

Se vistió y bajo a la bodega a toda velocidad. Busco por todas partes hasta que encontró una vieja mochila de varillas y unas cuantas cuerdas. Regreso a su cuarto, empaco su camisón, tres libros, un vestido marrón gastado y su desayuno. Lo ató todo firmemente, se calzó la mochila al hombro y bajo por las escaleras de caracol una ves más.

Justo antes de llegar a la base de la torre, escucho el pesado sonido de las puertas de bronce al cerrarse. "¡Maldición!" pensó "¡Voy tarde! ¡Se ira sin mi!". Apuro el paso hasta donde pudo y fue directamente a la bodega. La incomoda mochila se golpeaba con objetos de la abarrotado espacio, dificultándole el paso. De repente escucho el sonido de algo rompiéndose a su espalda.La onomatopeya "¡Uy!" estaba escrita en toda su cara, pero ella se resistió a voltearse diciéndose "¡No hay tiempo!".

Tuvo que arrojar primero la mochila a través de la trampilla antes de pasar ella.

-¡Maestro! ¡Esperemeee!

A unos metros, el Señor de la Niebla bajaba por las escaleras de piedra que daban a los peñascos, llevando consigo una especie de bastón. Myra

se calzo la mochila nuevamente y corrió detrás de él.

-¡Espereme!

Llego al peñazo con la lengua afuera, y cuando se volteo a ver escaleras abajo, donde encontró a su maestro. Estaba parado justo donde las escaleras de piedra se hundían en el agua (que era donde la caverna se mostraría durante las tres primeras lunas de primavera). El mar estaba tan embravecido como siempre, y sin embargo, ni una sola gota se atrevía a tocarlo.

El hechicero junto sus dos manos sobre su báculo, susurro unas palabras que Myra no pudo entender, y tocó gentilmente la superficie del agua con su base.

Repentinamente, una misteriosa efervescencia blanca broto del mar formando un disco de varios metros, aplacando las olas a su alrededor. El mago, como si fuera lo más natural del mundo, se paro sobre aquella nube de burbujas.

-Tan impuntual como siempre. Baja de una buena vez.-dijo sin tan siquiera voltearse a verla.

-S-si señor.

Vacilante, Myra comenzó a bajar sentada los erosionados escalones. Las olas rujían, el viento aullaba y las rocas al fondo del risco se mostraban sugerentemente mortíferas.

-Apurate. No tengo todo el día.

-Si m-maestro.- Myra trago saliva.

Con sus rodillas temblorosas, la muchacha se incorporo ayudándose de la pared. Miro hacia atrás, era una caída de veinte metros. De repente, la pared del risco le parecia muy bonita. Con calma, con calma. Solo tenia que poner un pie al costado del otro y...

-¡VAMOS!- grito el maestro, sacudiendo la isla entera solo con su voz.

Myra perdió el equilibrio. Ahora estaba en caída libre, de cabeza contra las rocas. ¡Paf!

- Eres un autentico incordio. A este ritmo no llegaremos a ningún sitio.

¿Seguía viva? ¿Las rocas eran suaves? Myra abrió los ojos. Había aterrizado sobre aquella misteriosa espuma mágica, y esta amortiguaron su caída. Se incorporo de un salto. La espuma se sentía como caminar en

un barco hecho de algodón húmedo.

-¡Maestro! ¡Eso fue horrible! ¡Pude haber muerto!- repuso al borde del llanto.

-Pues vete acostumbrando a la idea.-contestó el mago- Eventualmente pasara. Más pronto que tarde si no sigues mis instrucciones al pie de la letra.

Myra volvió a tragar silaba.

-Ahora muévete. Si te alejas mucho la magia se disipara.

A cada paso que daba el hechicero, lo seguían, bajo sus pies, aquel mágico disco espumoso, y detrás suyo, su aprendiz . Si entonces alguien los hubiera visto, hubiera jurado ver dos misteriosas figuras caminando sobre el agua. Por suerte la bruma era espesa. Lo suficiente, de hecho, para ocultarlos de cualquier mirada indiscreta.

- ¿Maestro... a donde vamos...? - se atrevió a preguntar al cavo de un rato

-Lo sabrás cuando estemos allí. Guarda silencio.

Una playa de piedras frente a un bosque, fue donde volvieron a tocaron tierra. Myra se detuvo un momento frente a las nudosas ramas de los arboles, esquiladas por el invierno. Después de todo ese tiempo en la torre, no podía creer como algo tan común podía verse tan ajeno. Su maestro no la espero.

Con las puntas de la túnicas mojadas, el mago y, más tarde su apresurada aprendiz, se adentraron en el bosque.

Capítulo 11

Promesa

Una gota de agua se deslizo por sus labios, así recordó que estaba sediento. Por suerte, a esa gota la siguió otra y luego otra más, cayendo exactamente en el mismo sitio, penetrando bajo sus labios, calmando su sed.

Poco a poco, regresaron a él los olores y los sonidos. Olía a encierro, a moho y a tierra. Una canción sonaba familiar y extraña al mismo tiempo. Era una sola voz cantando en dos tonos diferentes a la vez, uno más grave que el otro. El tono más agudo se escuchaba como una flauta sobre el más grave, y juntos sonaban ominosos, produciendo un intrigante eco.

El conocía ese canto...si... los hombres en su hogar lo hacían a veces... pero había algo extraño...el tono grave...el tono grave era algo más agudo de lo normal...solo había alguien que podía cantar así...

-¿Abuela Bolormaa...?-la voz de Yisü sonaba débil, quebradiza.

La canción se detuvo.

-¿Nada mal verdad? Soy la única mujer de la tribu Tama capaz de cantar *Khoomii*.

- Abuela... tuve una pesadilla... nevaba y había un monstruo... estaba solo...

-Me temo que no fue una pesadilla, querido.

-¿Que dices...?- los parpados le pesaban mucho para abrirlos y el cuerpo no le respondía. Sintió la cálida mano de su abuela sobre su frente.

-Estas a salvo ahora, mi niño. Se que ha sido duro para ti. Pero tu abuela necesita pedirte un favor.

Yisü sonrió.

-Si abuela... puedo hacer cualquier cosa...padre dice que soy el orgullo del clan...

-Lo se, lo se. Yisü es un niño muy fuerte. Pero lo que te pediré sera muuuy importante, así que debes prometer a tu abuela que lo harás, sin

importar lo que pase.

-Lo... prometo...

-Eres un buen niño.- dijo Bolorma con un dejo de ternura- Entonces escucha con cuidado:

“

Rey de reyes sera él coronado

tu y tu gente bajo su yugo,

cumplirán dirigentes su mandado.

Mas de tu pueblo debes separarte

seguir al ente que acaba de rajarte,

y traer aquí, al sol andante

que lleva en su mano un corazón palpitante.

”

La mano de Bolormaa se retiro de su frente. Y todo volvió a estar en silencio.

Paso un tiempo. Yisü no supo exactamente cuanto, pero cuando volvió a despertar escucho y un relinchido seguido de los cascos de un caballo.

-Obon...callate...-dijo Yisü en medio sus ensoñaciones. Pero luego sus ojos se abrieron de golpe - ¡Obon...! ¡Auch!

Un dolor punzo su pecho cuando quiso incorporarse. De hecho todo su cuerpo le dolía. Miro a su alrededor. Estaba cubierto hasta el cuello por hojarasca, estaba oscuro. Era una cueva, el techo estaba a unos centímetros de su cara. Su respiración se agitó.

-¡Abuela! ¡Padre! ¡auxilio!- nadie respondió.

Yisü siguió llamando y llamando durante horas, y cuando no lo hacia lloraba desconsoladamente. El caballo seguía relinchando fuera de la cueva.

Una luz a su derecha. Al principio era leve, pero con el paso del tiempo se fue intensificando. Era un agujero en la roca por donde se podía espiar un jirón de cielo. Muy despacio, ya que su pecho le dolía con cada

movimiento, Yisü se arrastro dentro de la cueva, empujándose con los codos y las piernas.

Cuando el niño asomo la cabeza fuera de la caverna, era medio día y el cielo estaba despejado. La caverna nació a partir de dos rocas que formaban un triangulo con el piso, en medio del bosque de pinos. Obon estaba parado a un costado de la boca a la cueva. Se acercaba a olisquear su cabello. Yisü aprovecho para tomar su rienda con una mano.

-iTira Obon, tira!

El corcel dio unos pasos hacia atrás, arrancando al niño de la cueva. Ignorando el dolor de su pecho, Yisü se abrazo al hocico de su caballo. El animal se recostó y se quedo a su lado.

Capítulo 12

Poesía y Magia

Su maestro por fin se detuvo. Llevaban caminando sin detenerse desde aquella mañana, cuando la había despertado de improviso y le había dicho que se prepara para salir de viaje sin decirle a donde. Ya estaba entrada la tarde y ellos seguían en medio del bosque. El invierno había despojado a la mayoría de las ramas de sus hojas.

A Myra le dolían los pies.

-¿Hemos llegamos?

-No. Pero necesito asegurarme de algo antes de continuar. Aprendiz, muéstrame los resultados de tu entrenamiento.

-¡Oh, claro! ¿Quiere que le recite de memoria los textos Cabalicos o los Druidicos?- dijo la muchacha con finjida energía.

-No hablo de eso. Se que conoces la teoría, es hora de ponerla en practica.

-¡Pero maestro, yo no puedo hacer magia! Según el cuarto tomo Salomonico-Clasico, un practicante necesita años de entrenamiento para...

-¿Insinuás que lo escrito en un libro pesa más a que las palabras de tu maestro?- la interrumpió arrojando una terrible mirada que hubiera fulminado a cualquiera.

Por suerte Myra, que conocía de sobra cuando su maestro estaba apunto de irritarse, apartó la mirada justo a tiempo.

-N-no, maestro.

-Entonces has lo que te digo. Muéstrame tu magia.

- Si señor...-suspiro -¿Que tipo de magia debo intentar...?

-Cualquiera servirá. Solo hazlo.

-...muy bien...lo intentare...

La mucha respiró profundamente "Aquí vamos..." se dijo. Se paró firmemente con los ojos cerrados, y cruzó los brazos con las palmas hacia arriba. "...la postura de *Cabalus* es de gran ayuda para que los novicios canalicen su poder..." recordaba de uno de los textos que había leído. "...se cree que los Druidas de la antigua Caledonia, recitaban poemas y canciones, para tener una imagen clara del elemento a convocar..." la voz de otro autor sonando en su cabeza:

"

¡Llama escarlata

palpitante en mi pecho

deja en mi palma fumata

riega en el suelo tu fuego!

"

Al terminar de decir estas palabras, sin abrir sus ojos, Myra extendió bruscamente sus manos hacia adelante y contrajo su cabeza sobre sus hombros, como anticipándose una terrible explosión que estaba a punto de salir desde la punta de sus dedos... cosa que nunca pasó. Espió a través de uno de sus ojos: el bosque estaba tan calmo como siempre. Su maestro la observaba en silencio.

-L-lo ve maestro... yo no puedo...

-¿Que se supone que fue todo eso?

-Pues... Usted me pidió que... yo creí que... en los libros decía...-confundida y roja de vergüenza, la pobre chica trataba de justificarse de alguna manera.

-¿¡Acaso has olvidado lo que te he enseñado!?

-D-disculpeme, yo...-buscaba con la vista un agujero por donde desaparecer.

-¡Tus disculpas no me sirven!- levanto la voz, pero enseguida se calmó masajeadose la sien con una mano- ¡ahh!- suspiro exasperado -...Te advertí que no olvidarás el vínculo que existe con tu poder. Sin eso, solo estás haciendo el ridículo...Hazlo de nuevo...

-¡Si señor!- cuando su maestro hablaba en ese tono, era como un volcán a punto de erupcionar. Debía ser complacido a toda costa o se desquitaría

usando magia.

“¿Que hago?! ¿Que hago?! ¡La ultima vez fue aterrador!” pensaba mientras retomaba su mística postura, esta vez con las rodillas temblorosas. “*el vinculo con tu poder*¿Cuando demonios dijo algo como eso?! Digo, no es como si no me suene de nada, pero con todas las lecciones que me ha dado...oh, es cierto... fue esa vez...había...niebla...” .Comenzó a recitar una vez más, esta vez mucho más despacio, como si estuviera adivinando las palabras justo antes de decirlas:

“

Se mi pincel gentil

se mi atril...

se mi fiel espada

pinta el mundo entero

que ya nadie vea nada

“

Myra volvió a espiar con un ojo, asustada de la expresión que encontraría en el rostro de su maestro...¿Y su maestro?¿Y el bosque? Una niebla gris, tan espesa le impedía ver más allá de la punta de su nariz.

-¿L-lo conseguí?¡Lo conseguí!¡Maestro lo conseguí!...¿Maestro?¿Maestro donde esta...?

Capítulo 13

El plan

-Dejame ver si lo entendí todo correctamente:

Quieres que, dentro de dos meses, nuestro pelotón deserte durante el patrullaje de rutina, y viajemos todos juntos durante días hasta tu pueblo natal, sin ser descubiertos. Luego pretendes que nos ocultemos en cajas e infiltremos por mar la (y cito) "impenetrable fortaleza de un temible hechicero", rescatemos a tu hermana cautiva sin morir en el intento, y volvamos aquí, dándole a nuestros superiores alguna triste excusa como "nos perdimos en el bosque", para conservar nuestro trabajo. ¿Me falta algo?

-¡Se que párese una locura, pero se trata de mi hermana pequeña! ...tu no viste las lagrimas en el rostro de mi madre...¡T-tengo que hacer algo!-
replico Casey

-Empieza por mantener la cabeza fría. ¿Sabes que es peor para un padre que perder un hijo? ¡Pues perder dos!

La lengua de Arlen estaba tan afilada como siempre. Tenía que estarlo, pues si había sobrevivido como soldado hasta ahora, no había sido gracias a su espada, si no a su pico de oro y a su misteriosa habilidad para hacer que él y sus camaradas, salieran airosos de cualquier situación imaginable (casi siempre).

Los dos hombres discutían en el salón de la dependencia de los soldados del castillo del Conde Callaghan, un renombrado caballero de la orden.

Mientras estaban en servicio, cada pelotón debía permanecer unido inclusive durante el descanso. Esto se hacía deliberadamente con la intención de formar fuertes lazos entre los soldados. Así, la Orden de la Cruz Escarlata se aseguraba de que su ejercito tuviera menos desertores, y más héroes dispuestos a dar la vida por sus compañeros.

Era la hora de la cena y cada pelotón comía en su propia mesa, dentro del gran salón de piedra. El ambiente, alegre y bullicioso, permitía que Casey y sus camaradas hablaran con libertad, sin que nadie prestase demasiada atención a lo que decían.

-¡O vamos, Arlen! ¡Piensa en la aventura! Una damisela cautiva en la torre de un nefasto hechicero... ¡Es la clase de historia de la que se escriben

canciones! ¡El sueño de todo caballero!

El que acababa de hablar era Bardo, el último miembro del pelotón de Casey. Un muchacho de cabello rizado que se estaba dejando crecer el bigote...aunque ahora parecía más una pelusa sobre su labio que cualquier otra cosa.

-Excepto que no somos caballeros. Somos simples soldados. Los títulos de caballería están reservados para la nobleza. Nosotros hacemos las tareas aburridas, como dejarnos el pellejo todos los días peleando contra salvajes, bandidos e invasores, mientras ellos se ocupan de las cosas divertidas, como matar dragones y rescatar damiselas en apuros.

-¡Dragones!¿¡De verdad!?

-Bardo... ¿Tengo que volver a explicarte como funciona el sarcasmo...?

-¡Maldita sea! ¡Menudo par de compañeros! ¡La vida de mi hermana esta en juego y ustedes dos haciendo el tonto...! Si tan solo Briccio estuviera aquí...

-Si "freire" Briccio estuviera aquí y no en Longwood, te quitaría todas esas ideas suicidas (y un par de dientes) de un buen puñetazo... Mira Casey, se que estas preocupado, pero este mago salvo la vida de tu hermana en primer lugar ¿Verdad?¿Para que se tomaría las molestias de hacer algo así si después va a matarla?

-¿Para usarla como sacrificio en un maléfico ritual?- acotó Bardo esgrimiendo su cuchara en el aire, como si de una varita mágica se tratase. Inmediatamente fue reprochado por las eléctricas miradas de sus compañeros- L-lo siento...

-Ademas...-continuo Arlen ignorando el desafortunado comentario de su idiótico amigo-...¿No querías ser un soldado para ayudar a tu familia con tu sueldo? Si pierdes tu puesto ahora, estos dos largos años de trabajo habrán sido en vano.

-¿¡Y que sugieres!?!¿¡Que abandone a mi hermana en esa condenada torre!?!El último gran plan del sargento Arlen! ¡Rendirse!

-¿¡Quieres un plan!?!-Casey había tocado una fibra delicada de su amigo con esa ultima frase- ¡Convence a al conde de que te ayude a invadir la Torre de los Susurros! ¡Aun mejor!¿¡Por que no te conviertes tu mismo en senescal de la orden, reúnes una flotilla de barcos y atacas la isla con flechas y catapultas!?! ¡Oh, y ya que estas en ello, porque no le pides de favor al rey que venga hasta aquí y chupe mi...!

-¡EJEM!

En el calor de la discusión, ni Arlen ni Casey notaron que todos en el salón guardaron silencio cuando él domine Bret, su superior directo, entro caminando por la puerta. Tampoco notaron cuando se dirigió a su mesa y se detuvo detrás de Arlen en silencio, esperando a ser visto. Ni mucho menos notaron las miradas desesperadas de Bardo tratando de hacerlos reaccionar. De hecho él era el único que se había puesto de pie y estaba haciendo el saludo militar apropiado, aunque sus amigos no tardaron en imitarlo cuando se percataron de la situación en la que se encontraban.

-Sargento Arlen, usted y su pelotón son requeridos por el conde en su alcoba.-dijo Bret parsimoniaosamente- Es un raro honor, así que yo mismo los... escoltare personalmente.

Con la mano abierta, les indico brevemente el camino hacia la puerta, y luego se dirigió él mismo en esa dirección. Sin decir una sola palabra, los tres compañeros marcharon detrás suyo. Ni bien se alejaron unos pasos de la puerta del salón, se oyeron a lo lejos las carcajadas del resto de los soldados.

Capítulo 14

El conde y el sargento

El castillo del conde, bien llamado "Castillo Callaghan" durante generaciones, era una antigua fortificación emplazada sobre una elevación natural en el centro de la ciudad de Burgos. Contaba con una doble muralla de piedra; una exterior más baja con cinco torreones, y una interior con cuatro. La dependencia de los soldados se encontraba en el patio de la muralla exterior junto a los establos.

Los soldados debían pasar por una entrada situada en el torreón más cercano, que comunicaba a una sala con un piso falso, para así poder acceder al patio interior (aunque no al adarve).

El edificio principal también tenía una entrada para uso exclusivo del personal militar, pero esta no conectaba con la estancia de los castellanos, así que a los soldados no les quedó más remedio que usar la entrada principal.

Bert saludó a los guardias que patrullaban la puerta y, tomó un candelabro para guiarse por los oscuros pasillos de madera y piedra, cubiertos por antiguos tapices. La habitación del conde se encontraba en el último piso de la torre más baja.

-Muy bien, ya estamos aquí- dijo parado a una puerta de madera resguardada por otros dos hombres bien armados.-Recuerden dirigirse al conde como su excelencia o su señoría el senescal. Hablen solo si se les dirige la palabra... Y sargento -se volteó a ver a Arlen- absténgase de referirse a su majestad el rey, de cualquier manera remotamente desafortunada.

-Si, domine.- respondieron los tres soldados al unisono.

Terminado su sermón, Bret intercambió unos gestos con el guardia, y este lo revisó en busca de armas escondidas entre sus ropas. Solo entonces, el otro guardia abrió la puerta haciéndoles pasar.

El conde recibió a los tres muchachos sentado en un taburete frente, a la hoguera de su alcoba. Era un hombre de aspecto recio, piel curtida y cabellos grises. Llevaba una enorme cicatriz en la mejilla izquierda y su mano derecha era una prótesis de madera. Estaba descalzo, vestido solo con un jubón y unas medias negras. Llevaba una botella de vino

enganchada por el pico en el agujero de su mano de madera.

-¿Cual de ustedes es el sargento Arlen?-pregunto.

-Soy yo, su excelencia- replico Arlen casi de inmediato.

-Sabes...-dio un largo trago a la botella- ahh...¿Sabes leer la lengua de los antiguos?

-Si su señoría.

-¿Escribir también?

-Si su señoría.

-¿Son confiables esos dos mequetrefes que están parados a tu lado como idiotas?

-Si su señoría.- no pudo evitar sonreírse.

Casey y Bardo estaban de piedra. Habían escuchado rumores de la excentricidad del conde... ¡Pero lo que tenían en frente ni siquiera parecía un conde! ¡Si no mas bien alguna especie de vagabundo sacado de algún antro de mala muerte!

Arlen, en cambio, sabia que debía mantener la calma a toda costa. Se había percatado de que ese hombre de apariencia tosca, lo estuvo poniendo a prueba desde el primer momento en que puso un pie en aquella alcoba.

- ¿Puedes decir algo aparte de "si su señoría"?

-Puedo, pero se me ha dicho que no lo haga.- contesto inmediatamente.

-Muy bien, -sonrió el conde- entonces eres el sujeto perfecto para el trabajo.

-...¿Su excelencia se molestara si pregunto, a que trabajo se refiere?

-¿Quieres un superior nuevo en tu pelotón?

-Solo si su señoría lo cree necesario.

- Que bien. Porque justo eso es lo que tendrás- volvió a tomar un trago de su botella y se seco la comisura de la boca con la manga de su jubón- Y como me siento generoso, también te voy a dar, a ti y a tus hombres, la tarea de reportarme por escrito todo lo que haga, en esa lengua que tanto

nos gusta.

-¿Reportes extraoficiales?- Inquirio Arlen.

-Extraoficiales, y discretos.- repuso el conde, e inmediatamente agregó - No queremos perdernos de nada de lo que haga, así que necesitaremos mucha ayuda- mirando a Bardo y a Casey.

-¿En ese caso, incomodaría a su excelencia que le diera ahora mismo un reporte extraoficial?

El senescal Calahgan levanto una ceja. Se produjo un breve silencio en la habitación, durante el cual solo se escuchaba el chasquido de la leña en la chimenea.

-Muy bien ¿De que se trata?

-Se han reportado la desapariciones en el pueblo de Cedole.

-¿Y que? Eso esta fuera de mi jurisdicción.

-Pero nadie notaria si en dos meces, un pequeño grupo de digamos, unas tres personas, condujera una pequeña y breve investigación.

El conde uso el dedo indice de su mano sana para acariciarse el labio inferior.

-...Pedirme algo a cambio de tu colaboración... Eres osado... Tal vez no seas apto para este trabajo después de todo... Entenderás que, si no colaboran, no puedo dejarlos salir de aquí con vida, después de todo lo que acabamos de hablar.- la mirada del conde cortaba el aire como una navaja bien afilada y mal intencionada.

Bardo tragó saliva y Casey estuvo a punto de abrir la boca, pero Arlen se le adelanto.

-Lo que su excelencia disponga estará bien.-dijo haciendo una pequeña reverencia, mientras una gota de sudor frio corría por su espalda.

-pft...-el senescal ahogó una risotada- Muy bien, basándome en los reportes que hagan, veré si permitir o no su pequeña excursión. En dos dias conocerán a su nuevo superior, y partirán enseguida a cumplir con una misión. Él mismo les explicara los detalles. Busquen al domine Bert, para enterarse de como deben entregar sus reportes... Eso es todo... Fuera de mi vista.

-Si señor.- Bargo abrió la puerta y, él y sus compañeros abandonaron la

habitación formados en una perfecta hilera.

Solo cuando estuvieron fuera del edificio, se atrevieron a hablar nuevamente.

-¡Por un momento, creí que nos mandarían a matar allí mismo!-dijo Bardo con el corazón en la boca- ¿Arlen, que fue todo eso?

-Pues...parece que el conde quiere espiarnos a nuestro nuevo superior... una "misión secreta", si así lo prefieres.

-Suena bien... Pero no me refiero a eso. ¿Que fue todo eso de las desapariciones en Cedole?

- Solo estaba asegurándome de que tuvieramos la oportunidad de ayudar a Casey a salvar a su hermanita, sin preocuparnos por perder nuestro trabajo.

Casey caminaba cabizbajo unos pasos detrás de sus compañeros. Al oír estas palabras, se detuvo en seco.

-Lo siento, chicos. Por mi culpa nos jugamos el pellejo frente al conde, y todavía pretendo que me ayuden a salvar a mi hermana...

-¡Oh Casey, no digas eso! ¡Gracias a ti podremos realizar una misión secreta para el conde, y rescatar a una damisela en apuros de las garras de un malvado hechicero! ¡Esas son dos grandes historias para contar algún día!- Bardo se abrazó a la espalda de Casey - ¿Dime...es tu hermana bonita?

Casey chisto la lengua y codeó a su compañero en las costillas, enseguida ambos espesaron a reír.

-Gracias, muchachos.

-No nos agradezcas todavía. Es probable que el conde no mantenga su palabra...Ademas, no he hecho nada que tu no hallas echo por mí alguna vez.-aclaró Arlen.

-Aun así, gracias.

Los tres soldados regresaron a la dependencia al lado de los establos.El cielo estaba lleno de estrellas esa noche.

Capítulo 15

Kore

-¿L-lo conseguí? ¡Lo conseguí! ¡Maestro lo conseguí!...¿Maestro? ¿Maestro donde esta...?

Pasaban los minutos, pero Myra no recibía respuesta. Su maestro parecía haberse disuelto en la niebla mágica que ella misma había conjurado.

“No no no... esto no puede ser” se cubrió la boca con la mano y abrió los ojos como huevos “¡Estoy sola en medio de la nada! ¿¡Que hago!?”. Miraba nerviosamente de un lado al otro, pero solo se encontraba con la misma niebla una y otra vez.

-Calma... calmate...-se repetía a ella misma en voz alta desacelerando el ritmo de su respiración.

“Primero hagamos algo con esta niebla” pensó “Si yo la hice aparecer debería poder hacer que se valla ¿Cierto?”. Adopto su postura, cerro los ojos e inhalo profundamente “...mente clara, mente bacía... ¡Sería mucho más fácil concentrarse si esa condenada riza se detuviera...! ¡Espera...!”.

Myra acababa de notarlo, pero desde hacia un rato, una riza tan alegre como el dulce tañido de una campana, se hacia escuchar entre la bruma. Al principio se oia lejana, humilde como el murmullo de un rio, pero ahora sonaba tan cerca que Myra sentía que podía tocar a su dueña, con solo estirar la mano.

-Hay alguien aquí...- susurro entre esperanzada y asustada.- ¿H-hola? - alzo la voz -Estoy perdida...podría ayudarme...

De nuevo le hablaba a la niebla sin recibir respuestas. La riza no se detuvo. Estaba cerca, pero cada vez que Myra creía haber descubierto la dirección de la que provenía, esta sonaba del lado opuesto.

-¿Hola? ¿E-entiende lo que digo? ¿Habla Caledoniano?... Necesito que me indique como llegar al pueblo más cercano...

De repente la riza comenzó a alejarse.

-¡No no no! ¡Por favor no se valla! -grito mientras corría persiguiendo aquella misteriosa voz en la neblina.

Se topo con un árbol de frente, casi se tropieza con unas raíces, y su túnica se deshilacho un poco tras quedar enganchada de una rama, pero pese a todo, Myra siguió corriendo.

Súbitamente una potente ráfaga de viento surgió de la nada, forzándola a esconder los ojos entre los brazos. Cuando el vendaval se detuvo Myra pudo volver a ver con claridad.

Estaba parada en un pequeño espacio libre de niebla, delimitado por borlas de bruma que emulaban a aquellos redondos retazos de algodón que coronan las nubes en verano. El suelo estaba cubierto por la misma hojarasca invernal que había estado pisando desde que entro en aquel bosque, pero ahora unos machones de verdes hiervas resaltaban sobre él, guardando una misteriosa similitud con huellas humanas.

Al final de las huellas de pasto, había una mujer dándole la espalda. Llevaba el cabello largo y dorado a la altura de las rodillas, cubierto por todo tipo de flores. Estaba desnuda, y parecía brillar con luz propia.

Myra estiro el brazo para alcanzarla, pero justo antes de poder tocarla se detuvo con la boca abierta. Ella se había volteado y ambas compartían el mismo rostro.

-¿C-como...?¿Quien...?

Su doble sonreía dulcemente sin contestar a sus preguntas y se acercaba risueña con los brazos cruzados sobre su espalda.

Ella era hermosa. Cada detalle que Myra aborrecía de si misma, en ella se veía como una obra de arte. Su sonoriza era jovial y llena de confianza, cargaba con sigio una especie de calidez capas de animar el corazón de un ser amado inclusive en los días más duros.

Ahora estaban frente a frente, como dos lados de un espejo. Atraídas por un magnetismo desconocido, las manos de Myra se extendieron frente a ella. Su doble la imito. Las puntas de sus dedos solo debían atravesar unos pocos centímetros de espacio vació antes de reunirse, antes de tocarse. Pero otra mano intervino primero.

Unos dedos fríos se posaron gentilmente sobre los ojos de Myra, al mismo tiempo que la larga uña de un dedo indice punzó la frente de la otra mujer.

“Oh”, fue la ultima expresión que vio Myra dibujada en el rostro de su doble. Luego otro fuerte vendaval volvió a azotarla de improviso.

Cuando la mano se retiro de su rostro, tanto la niebla como su misteriosa contraparte, habían desaparecido. Estaba parada en un claro del bosque,

y algunas hojas cecas arrancadas del piso por la ultima ráfaga de viento, aun revoloteaban en el aire.

-Eso, era un *daemon*.-la vos de su maestro sonaba detrás suyo, tan serena como siempre.

Myra volvió su cabeza levemente hacia atrás. el Señor de la Niebla le devolvió la mirada. Ella recordaba haber leído sobre los *daemon*, mientras estaba aun en la torre. Eran fuerzas de la naturaleza con voluntad propia, seres de puro poder que caminan por la tierra sin ser vistos y que pueden tomar cualquier forma.

-No son malvados, -Aclaro su maestro- pero son peligrosos. Solo desean una cosa: "formar parte de algo más grande que ellos mismos" y se sienten atraídos a los hechiceros por la profunda conexión que tenemos con los elementos. Debes tenerlo siempre presente, ellos no dudaran en ofrecerte su poder, pero a cambio, querrán formar parte de ti, y para hacerlo, tomaran el lugar de otra cosa...

-¿De otra cosa...?

-Fin de la lección.- su maestro se dio media vuelta- Todavía nos queda un largo camino por recorrer.

Myra vio a su maestro alejarse en el bosque y enseguida descubrió su mochila recostada contra un árbol a unos pocos pasos.

-¡Ah!¡Casi la olvido aqui!-gritó poniéndose nuevamente el equipaje sobre los hombros- ¡M-maestro!¡Esperemeeeee!

Capítulo 16

Batida

Las tortuosas callejuelas formadas por los espacios entre las casas de madera, estaban cubiertas de tierra mojada y desperdicios.

La cola verde de su brial de seda, se mancharía irreparablemente con toda aquella porquería. Pero por fino que fuera, no era el momento de preocuparse por su vestido. La estaban persiguiendo.

Un hombre barbudo y con olor a alcohol se chocó con ella. El golpe la hizo darse de espaldas contra la pared de una casa, atorando su blanco velo en la madera astillada.

-Lo siento...-dijo el sujeto tratando de enfocar la vista en lo que acababa de llevarse por delante.

Pero ella no se quedó a contestarle. Dejando su velo atrás, siguió corriendo, maldiciendo por lo bajo lo condenadamente incómodas que resultaban sus ropas en medio de semejante carrera.

Detrás suyo, la perseguían los hombres del marques, que habían tenido que dejar atrás sus caballos para seguirla a pie a través de aquellos hediondos callejones.

Justo antes de saltar del carruaje, ella los había escuchado hablar que recibirían la ayuda de un noble local. Así que ahora, no solo debía cuidarse de soldados con tabardos negros, sino también de los caballeros de la orden... la cosa no hacía más que complicarse.

Se detuvo en una encrucijada. Unos niños jugaban a ser caballeros armados con varillas, una mujer volcaba el contenido humeante de una cubeta por una ventana, dos hombres salían borrachos de una taberna.

Los caballeros del marques no tardaron en aparecer. Se intercambiaron unas señas y se dividieron en dos grupos para rastrillar ambos caminos de la encrucijada, en busca de su objetivo...pero ninguno entro a la taberna.

La fugitiva, respiraba agitada con la espalda apoyada contra la puerta de madera, mientras oía las apuradas pisadas de sus perseguidores, pasando de largo.

-uff- el alivio del momento hizo que se le relajaran los todos músculos.

La taberna donde se había ocultado, era más parecida a un establo que a cualquier otra cosa. Techo de paja, piso de tierra cubierto por huesos y pedazos de comida sin terminar, y un fuego ardiendo cerca de una pared al fondo de la habitación, cuyo humo no terminaba de escapar por un agujero en el techo.

Habían cuatro o cinco mesas rectangulares, de las cuales solo dos estaban ocupadas: Una, con un sujeto inconsciente usándola de almohada, y la otra con un par de sacerdotes de aspecto humilde que parecían estar almorzando.

Ella necesitaba ayuda para salir de la ciudad sin ser descubierta. El problema era, que apenas y conocía unas pocas palabras en Caledoniano, y estas solo le servirían para hacer rápidos saludos protocolares con la nobleza de Caledonia, pero no servirían de mucho en una taberna de mala muerte como aquella. Por otro lado, era bien sabido que todos los sacerdotes hablaban "la lengua del viejo imperio", y esa lengua si que la conocía bien.

Esos dos hombres de aspecto sencillo, con sus largas túnicas grises, eran su única esperanza.

Capítulo 17

Discrecion

-Maestro...no puedo más...llevo dos días sin probar bocado ni dormir...se lo ruego, paremos en cualquier sitio aunque sea un momento...¡Piedad!

Myra estaba abrasada a las rodillas del Señor de la Niebla, llorando y moqueando sobre sus ropas. Sin duda un movimiento audaz, ya que con su discípula sujetándole las piernas, el mago ya no podía seguir caminando, ni hacer oído sordo a sus demandas.

Normalmente ella no se atrevería a tanto, pero desde hacia seis horas, cuando había comenzado a sugerir tímidamente que sería bueno detenerse en alguna posada a descansar y comer algo, hasta ahora, sus suplicas habían escalado hasta convertirse en aquel desesperado ruego.

-Suéltame en este instante-manifestó su maestro con fastidio.

-¡Por favor !¡Solo sera por una noche!¡No!¡Con unas horas bastara!

El hechicero se volteo a verla con una mirada asesina, pero cuando sus ojos se encontraron con los de una niña cansada y asustada, apartó la vista abruptamente.

-...Muy bien, nos detendremos, pero no lo haremos aquí. Burgos esta a unas horas de viaje. Pararemos allí, y te ocuparas de aprovisionarte lo suficiente para no ser una molestia durante el resto del viaje.

-¡Si!...¡Muchas gracias maestro!-dijo con lagrimas en los ojos.

Las pocas (cuatro) horas de viaje, se hicieron eternas, pero finalmente se mostraron en el horizonte las humeantes chimeneas de Burgos.

Burgos, era una ciudad amurallada coronada por un castillo, que dominaba el paisaje desde una colina. Estaba situada en una planicie, rodeada por cultivos y un serpenteante rio de aguas turbias, cuyo cauce la atravesaba brevemente. La muralla exterior estaba hecha de grandes troncos madera y tenia varias entradas por las que se podía acceder.

-¡M-maestro!-se frotaba los ojos convencida que la fatiga estaba haciendola ver alucinaciones.

Unos momentos antes de acercarse a la puerta de madera, el Señor de la Niebla había desaparecido, y un jovato con una túnica gris y una blanca

barba enrulada, había aparecido en su lugar.

-¿iQue le ha ocurrido!?¿iAh envejecido de repente!?¿iSe encuentra bien!?

-Cierra la boca. No sigas llamando la atención...estoy usando un disfraz. Mi apariencia habitual atraería miradas indeseadas en un lugar como este.

- ¡Oh dios mio!iNo puedo...!-su maestro, ahora con forma de anciano, la reprocho con la mirada y ella enseguida ella bajo el tono de voz- ...no puedo creerlo ¿Como lo ha hecho? En ninguno de los libros que he leído ponía nada como esto.

-No le des demasiada importancia. Es una simple ilusión que cree manipulando la luz a mi alrededor. Solo engaña a la vista, el resto de los sentidos detectarían la trampa con facilidad. Podrás hacer algo como esto si practicas lo suficiente.

-¿Pero como consiguió que...?

-Buenas días. ¿Que empresa los trae a Burgos?- Asomándose desde arriba de la empalizada, un guardia interrumpió la ultima pregunta de Myra.

Amanecía, y ellos eran las únicas personas frente a la puerta de madera.

-Somos sacerdotes.- Hablo su maestro con voz nonagenaria -Nos dirigimos a pie a la catedral en la capital, en santo peregrinaje. Hemos decidimos descansar aquí...

-Hmm...ya veo...-el guardia asintió pensativo- Debe haber sido difícil a su avanzada edad hacer un viaje como ese... Díganme ¿Cuales son sus nombres?

- Yo soy Albano, y este es mi aprendiz Niwl.

Myra sabia porque su maestro había dado nombres falsos. "...el nombre de nacimiento de un hechicero es un activo valioso..." Le había dicho en medio de una de sus lecciones "...si otro mago conociera tu nombre, podría usarlo para tomar prestada una parte de tu poder...".

-Nwil ¿eh?-dijo mirando a Myra- Es un nombre poco común. Dime chico, debe ser difícil traer a tu maestro todo el camino hasta aquí tu solo ¿No es así?

-iS-si!- Contesto de repente.

-iQue muchacho más enérgico! Aunque se lo ve algo pálido... les vendrá

bien descansar aquí.

Algo de lo que ese guardia le había dicho la había molestado, pero estaba tan nerviosa que no recordaba exactamente que había sido. Sus habilidades conversacionales parecían estar deterioradas después de tanto tiempo a solas con su maestro.

-Muy bien. Todo en orden. Pueden pasar.

El guardia hizo un gesto con la mano, y otro soldado abrió la puerta de madera, permitiéndoles el paso.

Capítulo 18

Taberna

Un hombre grande y peludo, con un delantal grasiento, se acercó a la mesa.

-¿Que van a tomar?

-Jejeje... H-hola...- contesto Myra-¿Tiene algo de comer?

Sujeto soltó un gruñido y al rato regreso con un plato lleno con una misteriosa pasta gris, que soltó sobre la mesa produciendo un golpe seco. Myra trago saliva.

-¿Y para el viejo que?- pregunto señalando al mago

-Solo soy un acompañante, no necesito nada-contesto el maestro con su voz de anciano.

El tabernero soltó otro gruñido y se marchó mascullando por lo bajo algo como "Esto no es una iglesia para que te sientes a rezar, monje de pacotilla...".

-Que vulgar...-esta vez hablo con su propia voz, mientras veia al tabernero de soslayo.-Aunque debo admitir que tus gustos no se quedan atrás.-dijo observando el extraño pasticho gris que Myra tenia sobre su plato.

-iNo es como si me gustara, pero no tengo muchas opciones tampoco!iNo nos queda mucho dinero después de comprar provisiones!iApenas y habían unas pocas monedas en la bodega...!-refunfuñaba-...Si usted no necesita comer ¿iPorque no pide a los ancianos del pueblo que le den dinero en lugar de comida como tributo!?

-¿Crees que los ancianos de una pobre aldea de pescadores como la tuya, pueden permitirse hacer algo como eso?

-P-pero ¿Entonces por que les pide que le hagan ofrendas en primer lugar?

-Si los dejara beneficiarse de mis conocimientos gratuitamente, eventualmente confundirían mi benevolencia con un derecho que les es

propio.

-...me suena a patrañas...-farfullo ella, sin esperar ser escuchada.

-Cree lo que quieras.-comentó sobresaltando a su interlocutora- Ya has tenido tu día descanso. Come de una vez y larguémonos de aquí.

Myra contemplo su plato con el ceño fruncido. Aun en la pobreza de su hogar, nunca había visto nada como aquella cosa. Tomo un pedazo del engrudo con sus dedos en y este se estiro como un chicle, dejando atrás un hilo de maza. "Tripas corazón" pensó, y se metió aquella cosa en la boca. Sabía a harina cruda y grasa quemada. No era agradable... pero era mejor que no comer.

El habiente de la taberna estaba viciado por el humo de una fogata que no terminaba de disiparse, el olor a alcohol. Un par de hombres borrachos acababan de marcharse y Myra escucho a alguien más entrar por la puerta.

En un principio no presto atención. Tenia que comerse aquel engrudo lo más rápido posible, antes de que su maestro perdiera la paciencia. Pero de un momento a otro, descubrió a una elegante dama, con un esquivo vestido verde parada a su lado. Una imagen totalmente fuera de lugar en una taberna como aquella.

De pronto, la noble se tiro de rodillas sobre el suelo lleno de desperdicios, tomo las manos de Myra y comenzó a hablar algo en un idioma que no entendía, con los ojos de quien se encuentra en necesidad. Fue con estos mismos ojos, que Myra se volteo a ver a su maestro.

- Puedes rogar todo lo que quieras muchacha, pero mi aprendiz aun no ha aprendido la lengua del viejo imperio -dijo el mago en el mismo idioma que la dama.

-Pero usted si puede ¿Verdad?- y se volvió hacia él, soltando las manos de Myra, quien no acababa de entender lo que ocurría.-¡Por favor, sus santidades! ¡Les ruego! ¡Présteme su ayuda!

Myra vio como su maestro y esta misteriosa señorita intercambiaban palabras en imperial antiguo. Ella se veía desesperada, suplicando de rodillas a los pies del mago, que se limitaba responder brevemente con ese característico tono escueto y sereno, que a su aprendiz no le costaba identificar aun en una lengua distinta. Ella dudaba si seguir o no comiendo frente a esa escena.

De repente, la muchacha se levanto irritada, como intentando imponer algún tipo de autoridad, y dijo un nombre "Morrigan". Su maestro arqueo

una ceja y esbozo una sonoriza.

-Muy bien- hablo el hechicero en el idioma que Myra comprendía- Parece que tendremos un nuevo acompañante en nuestro viaje. Prestarle tu vestido.

-¿iQue!?

Capítulo 19

...de Teramontis

-¿Tres hombres?¿iEs acaso una broma!?

-El pelotón del sargento Arlen es una de los mejores unidades de las que disponemos ahora mismo.-decía el domine Brent, disimulando una sonoriza

-iNo me importa que tan buenos sean!iVeinte, necesito veinte hombres!iDile al imbécil de Callaghan que despache todos los pelotones que sean necesarios!

-Lo lamento su excelencia, pero eso no sera posible. La mayoría de nuestras tropas están dispersas a lo largo de la frontera, y como usted bien sabrá, no hemos podido reclutar a más hombres desde el año pasado, cuando aumentó nuestra carga impositiva.- Al terminar estas palabras, Bret sonrió al marques con picardía.

-iDejate de estupideces!¿iTienes una idea de lo que esta en juego!?

El domine alzo las cejas con una mueca.

-¿Como podría? Su excelencia se negó a compartir los detalles de su empereza con nosotros.

El marques de Teramontis, se volteo con un gruñido de exasperación. "iEse desgraciado de Callaghan!iMe esta echando en cara la suba de impuestos que yo mismo aprobé el año pasado, y la esta usando como pretexto para no darme más hombres!iY encima de todo, tiene el descaro de enviar a este payaso a burlarse de mi, en lugar de confrontarme personalmente!" el noble se mordió la articulación del dedo indice "Maldición... Guardar todo en secreto pudo haber sido un error, pero ya no hay marcha atrás...Necesito toda la ayuda que pueda conseguir...".

Casey, Bardo y Arlen estaban rígidamente formados en el patio frente a la muralla exterior, a unos pocos metros de donde el marques y el domine discutían.

-¿Crees que sepan que podemos escucharlos...?- susurro Bardo entre dientes, pero enseguida recibió un codazo de Casey, haciéndole cerrar la boca.

El de Teramontis, se acercó a inspeccionar a sus nuevas tropas, paseándose como un tigre hambriento frente a ellos.

-¿Me estas diciendo que estos son los mejores hombres que Callaghan tiene para ofrecer? ¡He visto mujeres menos delicadas!-ladró con los ojos clavados en Arlen, quien nunca había destacado por ser muy alto ni fornido.

Arlen no dijo nada. Desde niño estaba acostumbrado a oír comentarios como ese.

El marques tendría un metro setenta de estatura, llevaba un finísimo bigote, e iba vestido de pies a cabeza del más inmaculado color negro. Las únicas notas de color en su persona, eran sus ojos avellana y los adornos dorados de su blasón de armas, que ornamentaba sus ropas en más de un sitio.

-Si su excelencia cree que no le serán de utilidad, pediré a los soldados que regresen a sus tareas.

-No... Ya les encontrare algún uso...-farfallo- ¡Ustedes! ¡Nos vamos!-Se volteó hacia el domine nuevamente, esta vez confrontándolo cara a cara, a unos pocos centímetros -Y Bret... Nunca olvide que Callaghan es solo senescal gracias al apoyo de su majestad. Pero el favor del rey puede cambiar, y cuando lo haga ni usted ni el conde, estarán a salvo de los enemigos que hallan hecho hasta ese momento. En especial si yo estoy entre ellos.

Mordazmente, él marques le dio la espalda al domine, hondeando su capa tras de sí, y se alejó hacia la puerta de su carruaje.

-Ya veremos, marques...

Capítulo 20

Barahúnda

-No es precisamente el tipo más agradable del mundo...

-¿Quien?¿iEl marques!?iPero si es un todo un encanto! "He visto mujeres menos delicadas"iJa! Si cree que eso es un insulto debería ver como me trataban cuando llegue a la orden por primera vez.- contestaba Arlen a Bardo desde su montura.

-Lo se...lo se... se que no es gran cosa que un noble se porte como un cretino. Es solo que... siento que algo no va bien.

-¿A que te refieres?¿No estarás fantaseando de nuevo con tus conspiraciones disparatadas?

-Solo digo que el tipo parece estar preocupado por algo...

-iPues claro! Es evidente que se trae algún negocio entre manos. Uno tan sucio que no puede compartir los detalles con la orden. Pero por alguna razón, se vio obligado a pedir ayuda al conde, con el cual no esta en buenos términos, por lo que puedo intuir que su negocio(sea cual fuere) esta atravesando un "momento delicado".

-...Puede, pero yo no me refiero a ese tipo de preocupación. Hablo de algo más, personal.-

-¿iQue puede haber más personal que andar mendigando papel con el culo sucio!?

-Hey, muchachos- intervino Casey acercando su caballo a sus compañeros- Bajen la voz... uno de los hombres del marques viene para acá.

Los tres soldados iban montados, siguiendo de cerca el carruaje del marques. Otros diez hombres vestidos de negro, flanqueaban el carruaje el carruaje en dos grupos de cinco.

Uno de los guardias se alejo de su puesto y se acerco donde Casey y sus camaradas.

-iOigan, ustedes!iNo...!- el guardia parecía estar a punto de regañarlos por hablar mal de su amo, pero fue detenido por los gritos de sus propios

compañeros.

Le había tomado horas librarse de las cuerdas que restringían sus brazos usando solo el alfiler de su broche. Se había desatado las cuerdas de los pies cuando su captor había bajado del vehículo en el castillo Callaghan. En lugar de escapar inmediatamente, había dejado sus cuerdas flojas, fingiendo seguir atada, esperando una oportunidad ¡Y era ahora o nunca!

Una muchacha con un largo vestido verde salto de la puerta del carruaje, seguida de cerca por la frustrada mano del marques, que arañó el aire en busca de su brazo.

-¡Atrápenla!-grito el marqués de Teramontis asomando desde su carruaje.

Casi de inmediato, seis de los diez guardias, desmontaron y se lanzaron a la carrera tras la fugitiva. Pero esta corrió entre un grupo de curiosos que se habían reunido a ver el elegante carro y la procesión que lo acompañaba. Ella lanzó un grito y arrojó su broche, una fina artesiana adornada con tres enormes esmeraldas, provocando que unos cuantos espectadores se lanzaran al suelo para apoderarse de él, interponiéndose entre ella y sus perseguidores, y dándole el tiempo necesario para fugarse por una de las casajuelas más cercanas.

Los tres soldados, ajenos a todo aquello, se intercambiaron una mirada extrañada.

-¡No se queden ahí parados! ¡Ustedes también deben ir tras ella!-recriminó el noble.

-¡Si señor!- contesto rápidamente Arlen, desmontando al tiempo que indicaba a sus amigos que lo acompañaran.

Casey y Bardo tenían sus dudas, pero confiaban en su camarada, que siempre parecía tener las ideas claras, por lo que lo siguieron sin chistar. Pronto el pelotón completo se unió a la persecución, siguiendo a los caballeros de Teramontis unos pasos por detrás.

-Si la encuentran antes que ellos, no dejen que se enteren. Antes tenemos que interrogarla, puede tener información valiosa.- explicaba Arlen a sus camaradas.

Una encrucijada.

Los hombres del marques se dividieron en dos partidas y corrieron a rastrillar sendos caminos. Pero el grupo de Arlen y compañía se detuvo

justo allí.

-¿Que ocurre?¿Por que paramos?-preguntó Casey.

-Si los hombres del marques se dividieron para registrar ambos caminos, significa que la perdieron de vista. Por lo que cabe la posibilidad de que se halla escondido en lugar de seguir corriendo ¡Rápido! Pregunten a los transeúntes. Alguien vestido así, debería resaltar en un lugar como este.

Bardo fue a hablar a un par de hombres que estaban a un costado de la calle, pero estos estaban como una cuba, por lo que no era sencillo entender lo que decían.

Arlen se topo con un par de monjes que salían de una taberna, y los detuvo para interrogarlos. Iban acompañados por una tímida muchacha que llevaba un gastado vestido marrón y el cabello suelto. "Una campesina" pensó "Es raro que las mujeres se paseen por la ciudad con el cabello descubierto".

-Disculpen la molestia. Somos de la guardia de la ciudad -mintió-Estamos buscando una persona perdida... ¿iQue esta haciendo su compañero!?

-Oh no se preocupe- dijo el más anciano del trió- Es una forma especial de plegaria. Debe hacerla todo el día todos los días. Es un castigo que yo mismo le impuse por flojear durante su entrenamiento.

-Muy bien, si usted lo dice...-repuso Arlen mirando extrañado al muchacho rubio, que resoplo con fastidio, sin dejar de hacer lo suyo - ...Como les decía ¿Han visto a una mujer noble con un largo brial verde?

-Lo siento, joven. No hemos visto nada parecido.-hablo nuevamente el más viejo.

-Ya veo. Muchas gracias.

Cien metros se había alejado el extraño grupo, cuando Casey se acercó corriendo.

-iUna mujer dijo que vio a nuestra nuestra fugitiva entrar en aquella taberna mientras hacia la colada!

-¿iComo has dicho!?-el sargento repaso rápidamente sus pensamientos- iTrae a esa mujer aquí y dile a bardo que registre la taberna!

Al terminar esas palabras, Arlen se volteo para perseguir al sospechoso grupo de los monjes y a su acompañante. Pero ya no los

vió por ningún sitio. De hecho ya no podía ver ninguna cosa en absoluto. Una espesa niebla gris había aparecido de la nada.

Capítulo 21

Chispas sobre pasto seco

Las praderas de los Keshik, cubiertas por los pastizales secos del invierno, se extendía planchadas sobre el horizonte. Desde el cielo, a la altura de las finas nubes que había ese día, los caballos del clan Tama, se hubieran visto como hormigas navegando por un mar de oro.

Los jinetes pertenecían a una comitiva de quince personas, donde cada caravana había enviado a sus jefes, guerreros respetados, u otras figuras de autoridad que pudieran representarlos en la gran reunión que se avecinaba.

Aunque todos los clanes habían sido convocados, era difícil imaginárselos en un mismo sitio. Muchos de ellos tenían antiguas rivalidades, o disputas irresolutas por las que aun estaban en guerra. La sola ida de ponerlos cerca los unos de los otros, parecía evocar un escenario violento donde la diplomacia no era una opción. Por lo que la convocatoria en si misma, parecía ridícula.

Sin embargo, los Tama debían acudir.

Mientras los corceles de comitiva atravesaban los pastisales, kilómetros por detrás suyo, cerca de las faldas de las montañas, pastaban los rebaños que representaban el único sustento de su gente.

Desde que el clan Keshik (quien los invitó a la reunión) había tomado el control de esa zona, el clan Tama no podía hacer oído sordo a sus demandas. Pues si llegaban a entrar en guerra, los Keshik solo tendrían que esperar hasta el invierno, cuando los últimos pastos de las montañas quedaran ocultos por la nieve, y los Tama estuvieran vulnerables al verse obligados a bajar a las praderas para no morir de hambre. Entonces, si la suerte estaba en su contra, su clan entero podía ser exterminado con relativa facilidad.

Cabe destacar, que si bien los Keshik habían probado ser violentos en el pasado, gracias al dialogo, las dos facciones nunca habían entrado en conflicto. Aun así, entre jinetes de la comitiva solo se respiraba tensión. Y entre ellos, Berke cabalgaba en silencio.

No habían pasado ni dos días desde que su pequeño hijo había vuelto herido y al borde de la hipotermia, a lomos de un caballo moribundo. No habían pasado ni dos días desde que él y su esposa habían sostenido su débil cuerpo entre sus brazos. No habían pasado ni dos días desde que

ese mismo niño agonizante, susurrara aquellas palabras a su oído.

-Lo siento padre...no pude...

-¡No hables! No hables ...- hundía a su hijo en su pecho, mientras la sangre manchaba sus ropas.

-Padre... La... Caravana... todos están muertos...- enormes lagrimas brotaban de sus ojos, y su voz se volvía un hilo, agudo y quebradizo.

- Esta bien, esta bien- decía su madre reteniendo las lagrimas detrás de sus ojos enrojecidos. Había estado preocupada durante días esperando a que volviera y ahora lo tenía así...roto, tembloroso, pequeño...-Mi niño...esta bien...

Yisü se desmayó y no volvió a levantarse después de eso. Berke lo vio por última vez tendido entre un montón de pieles dentro de su tienda, sumido en un profundo sueño. Se había despedido de él dándole un beso en la frente. Sentía culpa por dejarlo, por haberlo enviado con aquella condenada carta...

Mientras el caballo paseaba, Berke contemplaba fijamente la flauta de hueso que su madre le había dado cuando era niño.

-Cuando estés en peligro sopla, los espíritus te protegerán.-le había dicho entonces.

Ahora esa sabia mujer estaba muerta, junto con el resto de las personas que lo vieron crecer. Niños, ancianos, mujeres, animales...nada quedaba de la caravana de su madre. Las heridas en los cuerpos eran iguales a las de su hijo, profundas, cortantes e impecablemente prolijas. "Espadas" pensaba Berke apretando el silbato en su puño.

El padre de Yisü levanto su mirada hacia el horizonte, justo donde el planeta rojo y la constelación del escorpión se cruzaban en el firmamento crepuscular.

No sabia por que, pero tenia la corazonada de que pronto encontraría el momento y lugar para dar rienda suelta a la ira que sopesaba su corazón.

Capítulo 22

Riña

¿iDe donde diablos había salido esa niebla!?

Ella siguió a esos dos extraños monjes fuera de la ciudad, y ahora, desde una colina podía ver claramente como aquel antinatural disco de bruma, flotaba estaticamente sobre Burgos.

-¿Que acaba de...?¡AH!-al momento de voltearse, uno de los dos monjes ya no estaba. El Señor de la Niebla había aparecido en su lugar.-¿iQ-qui...quien...!?

-Encargate de ella.-dijo el mago a su aprendiz-Ocupate de que nos siga y no se meta en problemas.

-iPero maestro!-había disgusto en la voz de Myra -iNo entiendo una palabra de lo que dice!¿iComo se supone que...!?

-¿Acaso aprendes algo de lo que te enseño?¿O es tu mente como una cubeta desfondada?- el Señor de la Niebla, dirigió una mirada a la noble, cuyas rodillas, vencidas por el cansancio, la sorpresa, y el miedo de creerse frente a algún tipo fantasma, tocaban el suelo. Entonces hablo una vez más en la lengua antigua- No tienes tiempo para actuar como una mocosa asustada ¿Verdad? Mi aprendiz sera tu guiá, síguela y haz todo lo que diga.

El hechicero se dio media vuelta y retomo su marcha, como si las dos muchachas que dejaba atrás nunca hubieran existido.

Con los ojos abiertos como dos platos, y con la boca tan llena de preguntas que era incapaz de cerrarla, la noble dama suspiro con alivio al ver como aquel fantasmagórico ser, de tes blanca y ojos dorados, se alejaba en la oscuridad del bosque. Pero su alivio duro poco.

-iMaestro...!-los ojos de Myra iban y venían entre la espalda de su mentor y la chica que arruinaba su único vestido arrodillándose en el barro - ¡Ahg!¡Maldición!iTú, levántate!

-¿i...!?

Tiró de su mano forzándola a ponerse de pie, y sacudió con su palma la falda del vestido. Luego la miro de arriba abajo, examinándola de los pies a la cabeza. Era una muchacha muy bella, de ojos oscuros y largos

cabellos castaños. Tenía un aire de elegancia que persistía en ella, aun en aquellas singulares condiciones.

-¡hmp!- fastidiosa, Myra se dio media vuelta sin soltar su mano.-
¡Sigueme!

La marcha era tan dura como siempre , puesto que su maestro no esperaría a nadie. Myra tiraba de la muñeca de su acompañante, arrastrándola tras de si.

“¿¡Quien es esta!? ¡Sale de la nada y le dice algo al maestro y puf! ¡La trae con nosotros! ¿¡Que hizo ella aparte de arrodillarse y lloriquear unos minutos para que el maestro la dejara venir!? ¡Yo tengo que rogarle por horas para que haga cualquier cosa que le pido! ¡Y casi nunca me hace caso! ¿¡Quien se cree que es!? ¿¡Y porque demonios tengo que darle mi vestido!?” se descalabazaba furibunda.

-¡Por favor, detente! ¡M-mi brazo, me duele!-se quejaba la otra, sin conseguir que aquel monje histérico le entendiera media palabra -¡Estas siendo muy brusco! ¡No es forma de tratar a una dama!

-¡Ahh! ¡Callate y camina! ¿¡No ves que no comprendo nada de lo que dices!?- Myra veía hacia adelante, tratando de no perder de vista la espalda de su maestro.

De repente, la aprendiz sintió como la muñeca que ella sostenía en su mano se zafaba bruscamente. La noble, tenía las manos sobre las rodillas y jadeaba aceleradamente, tratando de recobrar el aliento.

Llevaban varias horas andando sin detenerse, y si bien Myra parecía estarse acostumbrando a los ejercicios de resistencia, la recién llegada no contaba con esa suerte.

-¿¡Que estas haciendo!? ¡Se irá sin nosotras!

-¡Deja de gritar en este instante!-con el fuego de un dragón en sus ojos, la muchacha de marrón puso su índice a la altura del cuello de la aprendiz -¡Hasta ahora he perdonado tu falta de delicadeza, porque tu y tu “maestro” me salvaron de los hombres del marques! ¡Pero todo tiene un limite! ¿¡Tienes idea de cuantos hombres matarían por uno solo de mis cabellos!? ¿¡Como te atreves a arrastrarme como si fuera un animal!? ¡Soy Rhosyn ap Meirion de Guynet, y se me tratara con el respeto que me merezco! ¿¡Cuanto tiempo más planeas tenerme andando por el medio del bosque, sin siquiera dirigirme la mirada!?! ¡Al menos espera a que recupere el aliento! ¡Eres tan insensible y bruto! ¡Eres una desgracia como hombre!

Myra se puso roja como un tomate, mordiendo sus propios dientes con tanta fuerza que milagrosamente no se rompieron. “Eres una desgracia

como hombre”, la magia que poseía había vuelto a actuar sin que se diera cuenta, y tradujo para ella esas últimas palabras, encendiendo un infierno de furia en uno de los puntos más sensibles de su alma.

-¡A quien demonios le estas diciendo “hombre”!- despotricó tirando a Rhosyn de los pelos- ¡Solo porque tenga el cabello más corto que tu, no significa que sea un hombre!

-¡Aah! ¡Suéltame! ¿Cuál es tu problema!? ¡Te ordeno que me sueltes!

En medio del forcejeo, ambas cayeron al suelo, la una sobre la otra y rodaron juntas sobre piso cubierto de hojarasca, hasta que el sonido de la tela al desgarrarse enfrió la ira de Myra como un bandazo de agua helada.

-¡No no no!- dijo tomando a Rhosyn del codo para examinar su humero.

En medio de todo aquel jaleo, un arbusto espinado había abierto un ojal en la manga del vestido.

-¡Te he dicho que me sueltes!- La noble se libró del agarre y empujó a su agresor hacia un costado, rozando su pecho con la mano- ¿¡...Eres una mujer!?

-¡Pues claro que soy una mujer!- gritó Myra incorporándose de un salto con un montón de hojas secas en la cabeza y los ojos llorosos- ¡Y eso que llevas puesto es lo único en este mundo que es realmente mío! ¡Quítatelo de una vez! ¡No me importa si es una orden de mi maestro, yo...! ¡Oh no, mi maestro!

La joven se incorporó de un salto y miró con desesperación en todas direcciones. Pero era tarde, su maestro se había ido.

Capítulo 23

El poder de las palabras

¿Sabes que tienen en común una mujer noble y la hija de un pobre pescador? Pues que ninguna de las dos sabe encender un fuego sin un pedernal.

Tras su acalorada discusión, la temperatura del bosque había bajado dramáticamente, aunque no por eso se había enfriado el resentimiento que se tenían. Pese a todo, la extraña pareja había decidido tasitamente permanecer unida, al no haber otra parencia humana a su alrededor.

No tardo en caer la noche, y dado que ninguna de las dos llevaba pedernal, parecía que aquella seria una fría velada. Por suerte para ellas, el invierno no había sido tan crudo ese año. Si bien había caído algo de aguanieve, esta se había derretido en el suelo, sin llegar a acumularse. Como resultado el suelo estaba convertido en un barrial salpicado por hojas caídas, pero aun eso era preferible a un piso de nieve y escarcha.

En algún rincón del bosque, acurrucadas frente a un montoncito de ramas y hojas cecas, que varias veces habían fallado en encender, las dos muchachas tiritaban de frio. Ninguna de las dos le dirigía la mirada a la otra y ambas permanecían en silencio.

Myra hurgó en su mochila con desesperación ¿iComo se había olvidado de empacar un pedernal!?iEstaba convencida de haberse llevado el que habia en su habitacion...! Pues por raro que pueda sonar, mientras viajaba con su maestro, en ningún momento había sentido la necesidad de encender una fogata para calentarse. Incluso en las noches más frías, cuando un viento inclemente ululaba entre las ramas desnudas de los arboles, y caía aguanieve desde el cielo, ella no se habia sentido a merced de los elementos como lo hacia ahora. No es como si se sintiera a gusto, pero al estar junto a su maestro, sin importar donde se encontraran, el aire a su alrededor parecía mantener una temperatura similar a la que había en la Torre de los Susurros, que tampoco era la más agradable del mundo pero era una temperatura a la que ella estaba acostumbrada. Para colmo, solo ahora que el mago no estaba cerca ella se había percatado de esta sutileza.

Con un suspiro, Myra se resigno a dejar de buscar y sostuvo un pedazo de pan entre sus manos“¿Que voy a hacer ahora? Ni siquiera se donde estoy, hace frio, y no puedo encender fuego...Aparentemente esta chica tampoco sabe como hacerlo...” La aprendiz levanto la vista para espiar a Rhosyn,

pero para sorpresa de ambas sus ojos se encontraron a medio camino y la noble aparto la mirada avergonzada, aunque en verdad, de soslayo nunca perdió el pan de vista.

Myra parpadeo extrañada y miró la hogaza que tenia entre las manos. Luego contemplo el bosque a su alrededor, un lugar oscuro, desierto y silencioso. Y finalmente observo a Roshyn, una chica de su edad, usando aquel gastado vestido marrón, abrazando sus rodillas contra su estomago para que este no se sintiera tan vacío.

-iAhhh!- suspiró – Por supuesto...

Partió el pedazo de pan al medio y se puso de pie para tenderle una mitad a su acompañante.

-Vamos, tomalo.

Frente a este gesto, los ojos de Roshyn se abrieron intrigados. Despues de un momento, acercó su mano vacilante al regalo que Myra le estaba haciendo. "¿Es correcto que tome esto?" preguntaban sus ojos.

-iSolo tomalo!

Sobresaltada por el grito, Roshyn sostuvo el pan con ambas manos. Al ver esto, Myra regreso a sentarse donde estaba antes, y se comió su pedazo de pan mientras refunfuñaba algo de estar atrapada en el bosque con una completa inútil.

Por su parte, la noble contemplo el pan que tenia entre las manos. Luego vio el gastado vestido que llevaba puesto... Ella sabia lo valiosas que eran aquellos objetos para los plebeyos, o más bien, era su deber saberlo.

-...gracias...- al menos eso podía decir en caledoniano.

Al reconocer su lengua saliendo de la boca de su compañera, Myra se le quedo viendo perpleja durante varios segundos.

-Gracias ¿eh?- murmuro mientras bajaba la mirada pensativa.

Esa palabra la recordaba haber dicho alguna vez... Si, se la había dicho a un hermano cariñoso que había hecho algo parecido por ella en la cabaña de un pescador, una noche cuando la comida faltaba. Esa cabaña tenia una llama muy pequeña en su chimenea, y no le faltaban agujeros en el techo, pero por alguna razón, ella la recordaba como un lugar muy cálido.

-Jeje- se ria sola al recordar-¿Como habrían hecho para que una llama tan

pequeñita fuera tan cálida?

La sorpresa paseó primero por los ojos de Roshyn, que dejó caer su pedazo de pan y luego por los ojos de Myra que soltó un agudo y corto grito.

El montoncito de madera y hojas, se había prendido fuego.

Capítulo 24

El camino

Era extraño estar sola en el estudio de su maestro, en lo más alto de la Torre de los Susurros. Aquel sillón de tapiz rojo donde siempre estaba sentado frente a su escritorio, ahora estaba vacío. Pero a parte de eso, todo lo demás seguía igual. El olor a madera y al papel antiguo de las estanterías, el misterioso aparato de anillos dorados junto al escritorio, la mágica luz ambiental que hacía posible ver bien a todas horas, el redondo ventanal frente al escritorio... Ahora que lo pensaba, había algo raro en aquel ventanal también. Tras el cristal, en lugar de nubes, niebla o la oscuridad de la noche, solo había algo de un color negro espeso.

Myra se acercó a ver de qué se trataba, pero entonces el cristal se rajó, y aquel líquido negro comenzó a filtrarse a través del ventanal. Al principio era solo un hilo de agua, goteando sobre el cristal, pero enseguida el cristal se hizo pedazos y una ola oscura arrasó con todo lo que había en el estudio. Myra trató de correr, pero un miedo indecible paralizaba sus rodillas, y en un instante fue arrastrada por la corriente, en un torbellino donde flotó junto a varios objetos que le eran vagamente familiares.

Intentó nadar, pero el líquido era pesado y cada movimiento que hacía parecía consumir todas sus fuerzas. Al final, tras una larga y desesperada lucha, asomó su cabeza a la superficie, solo para encontrarse en medio de un mar tempestuoso, con nubarrones negros y oscuras olas del tamaño de montañas.

Mientras luchaba con todo lo que tenía para mantenerse a flote, un rayo apareció en el cielo. La luz de la corriente eléctrica dibujó algo en la superficie de las nubes... un rostro humano. Pero cuando Myra pensó que podría reconocer el rostro, una de aquellas gigantescas olas rompió justo sobre su cabeza, empujándola una vez más hacia las profundidades.

Myra flotaba inerte en la más absoluta oscuridad. No sentía su cuerpo y por alguna razón, se sentía en calma.

“Creo que me quedare aquí” se dijo “se siente agradable. Además arriba las cosas son un desastre. Al fin y al cabo ¿qué puedo hacer yo al respecto?”

-¿Qué crees que estás haciendo?- la voz de su maestro le hacía cosquillas en el oído- Ya has descansado suficiente. Levántate de una vez.

-Pero maestro...-decía con voz débil- Yo no soy como usted, no puedo...

-¿No puedes? ¿Que? ¿No puedes leer ? ¿No puedes entender un idioma desconocido? ¿No puedes invocar a la niebla y al fuego? ¿O no puedes levantarte?

Los ojos de Myra se abrieron de golpe, como si aquel reproche le hubiera revelado algo de suma importancia. Entonces vio como su maestro la miraba, encaramado sobre su bastón, invitándola con la mano a adentrarse en el bosque. Pero en cuanto parpadeo, el Señor de la Niebla desapareció sin dejar rastro.

Myra se frotó los ojos ¿La estaba engañando el sueño?

Se le escapó un bostezo. Al exhalar, pudo ver como el aire caliente que salía de su boca se materializaba en una delgada columna de vapor. Sentía el cuerpo frío y entumecido, pero también sentía algo tibio a su lado. Era Roshyn, se habían acurrucado abrazadas junto a un árbol para calentarse durante la noche, y en algún momento se habían quedado dormidas.

Amanecía. De aquella fogata que se había encendido mágicamente, solo quedaban unas pocas brasas humeantes. Se escuchaban el lejano graznido de un cuervo y el silencio que el invierno suele llevar consigo a todas partes.

Giró levemente la cabeza en la dirección donde creyó ver apuntar a su maestro. Con lo perdidas que estaban, era una dirección tan buena como cualquier otra.

Un extraño optimismo que ni ella sabía de donde había sacado, la hizo incorporarse. Se sacudió las ropas y se colocó nuevamente la mochila al hombro. Al moverse Myra de su lado, Roshyn se despertó somnolienta.

-¿Que pasa?-pregunto ella sin llegar a recordar que su compañera no podría contestarle en su idioma.

-Creo que ya conozco el camino.

Capítulo 25

Chachára

Casey, Arlen y Bardo montaban al paso, unos metros por detrás del coche del marques y los caballeros que lo escoltaban.

-¿Y?¿Quién creen que era esa señorita que el marques hizo perseguir con tanta desesperación esta mañana?- Inquirió Bardo, quien había soltado las riendas de su caballo para acariciar las cuerdas de su laúd.

-¡Guarda eso! ¡Te verán los caballeros del marques!-dijo Arlen.

-¡No te preocupes! No nos han dirigido la palabra desde que salimos de Burgos ¡Y todo gracias a ti Arlen! ¡Tan brillante como siempre!

-Eso es cierto- intervino Casey- Desde que fuiste el único que descubrió como escapo esa muchacha, los caballeros de Teramontis parecen mantener la distancia.

-¡Y no es de extrañar! ¿¡Recuerdan como se puso el marques cuando sus soldados volvieron con las manos vacías!? Cuando te acercaste y explicaste que un par de monjes la habían ayudado a huir, el marques los miró y dijo "¿¡Acaso mis hombres valen menos que los de Calaghan!?...!" ¡La vergüenza debe comerles los huesos! ¡Nuestro Arlen ridiculizo a esos caballeros él solo y sin ayuda...!

-¡Baja la vos! Si te escuchan hablar así solo complicaras las cosas-susurró Arlen-Ademas no hay nada que celebrar. Como están las cosas sera difícil interrogar a los caballeros, lo que no es nada bueno para nuestra "misión secreta".

-Si, si... Ya lo se...La misión es muy importante y todo, pero dime ¿Quién crees que era esa chica?Digo, todos saben que el marques de Teramontis es casado¿Sera su amante...?-Bardo contemplo la idea durante un instante-...suena bien..."Un amor prohibido florece entre dos nobles, puro como el aroma de un jasmín en primavera ¡Pero él es un hombre amargamente casado y ella es la hija de una casa rival! ¿¡Triunfara su amor frente a la adversidad!?! ¿¡O se convertirá el jasmín en roza, al mancharse con la sangre de la tragedia...!?"

-¿Como no se me ocurrió?- el sarcasmo en la voz de Arlen podía olerse a kilómetros- ¡Un amor tan puro que ella debe saltar de un carruaje en movimiento! ¡Las únicas flores que hay aquí son las que tienes en ese

macetero que llevas por cabeza...!

-Pft...¡Jajaja!- Casey no pudo contener la riza y los otros dos no tardaron en reír con él.

Pronto, los tres soldados hacían todo lo imposible para que los taciturnos hombres del marques, no notaran sus infantiles risotadas.

-ahh...Ustedes dos no tienen remedio...-dijo Casey limpiándose las lagrimas de la comisura de los ojos- Si seguimos así, el marques nos tomara por un atajo de maniáticos y nos devolverá a Burgos de una patada.

-Puede ser-convino Bardo sonriente.

A decir verdad, él y Arlen llevaban un tiempo preocupados por su compañero. Desde que se enteró de que su hermana estaba secuestrada, el humor de Casey se había nublado así como sus pensamientos. Ver a su amigo reír de esa manera, justo como solía hacerlo en el pasado, los aliviaba profundamente. Pues, si hay algo que valora un soldado que pasa sus días en el campo de batalla, son esos momentos de mundana alegría que comparte junto a sus compañeros.

-Pero (para variar) Arlen tiene razón. Dudo que nuestra fugitiva y el marqués tengan ese tipo de relación. Por la forma en la que trató de escapar de los caballeros, apostarí a que esa muchacha teme por su vida...

-¡Lo tengo! ¡Una hija ilegítima! "Una heredera secreta al marquesado de Teramontis amenaza con revelar los secretos turbios del reino, y el marques enfrenta una difícil decisión"-acoto Bardo haciendo sonar ominosamente las cuerdas del laúd.

-¿Sigues con eso? -Arlen se llevó la mano a la frente- Estas empeñado a convertir esto en un melodrama barato ¿Verdad?

-Deja que el "niño" se divierta con su juguete nuevo- replico Casey poniendo los ojos en blanco- Gastó toda su paga en ese estúpido laúd. Además, una canción o dos nos alegrarán el viaje.

-Es fácil para ti decirlo, tienes el sueño pesado y no lo escuchas durante sus practicas nocturnas ¿Tienes idea de lo canutas que las pasè la vez que compro una flauta...?

Pero Casey interrumpió a Arlen con un gesto. La mano del marques asomo del carruaje y mando a llamar a una de sus escoltas. Presurosamente, el soldado que estaba más cerca arrimo su corcel a la ventanilla del vehículo e intercambió unas palabras con su amo. En medio

de la conversación, el caballero miró varias veces de soslayo donde Casey y compañía. Finalmente, el soldado hizo una reverencia a su señor y detuvo a su caballo un momento, para que los tres muchachos que iban más atrás pudieran alcanzarle y quedasen a una distancia apropiada para conversar.

-Tu, el de los ojos grises.-hablo el soldado a Casey- Ven conmigo.